

El INICIO
de todas las cosas



MARIO ALBERTO SERRANO AVELAR



narrativa

El inicio de todas las cosas

Mario Alberto Serrano Avelar obtuvo el premio único de novela en el segundo Certamen Literario “Laura Méndez de Cuenca”, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través de la Secretaría de Cultura y del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2017. El jurado estuvo integrado por Vicente Alfonso, Édgar Omar Avilés e Imanol Caneyada.

COLECCIÓN LETRAS



narrativa

MARIO ALBERTO SERRANO AVELAR

El inicio de todas las cosas

FOEM
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MÉXICO



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Marcela González Salas
Secretaria de Cultura

CONSEJO EDITORIAL

Consejeros

Marcela González Salas, Rodrigo Jarque Lira, Alejandro Fernández Campillo,
Aurora González Ledezma, Jorge Alberto Pérez Zamudio

Comité Técnico

Félix Suárez González, Rodrigo Sánchez Arce, Laura H. Pavón Jaramillo

Secretario Ejecutivo

Roque René Santín Villavicencio

El inicio de todas las cosas

© Primera edición: Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de México, 2019

D. R. © Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de México

Jesús Reyes Heróles núm. 302,
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Mario Alberto Serrano Avelar

ISBN: 978-607-490-257-0

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

www.edomex.gob.mx/consejoeditorial

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

CE: 217/01/10/19

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

A mi familia. Toda

The true story is vicious
and multiple and untrue
after all. Why do you
need it? Don't ever
ask for the true story.

MARGARET ATWOOD

True stories

Primera parte

Uno

Me llamo Adrián Filogonio. Desde estas barrancas y atravesando todas las sierras no hay quien me iguale. Nadie podría. Excepto, claro, el Negro Huitrón, el príncipe del cuatro venezolano, de la jarana tercera y todo instrumento de cuerda habido y por haber. El mero papá de los músicos, pues. Al Negro Huitrón, fundador de Los Ángeles Huastecos, un grupo de tradición y rompe rasga, también le debo mi vida.

A él le debo mi formación. A él y a mis andanzas por los andurriales del mundo.

Porque sépanlo de una vez, he estado en todos los convites, tapados, bailes y verbenas; en todas las danzas y fandangos que se han organizado de un tiempo acá, del Golfo a Tierra Caliente, de la

Huasteca al Litoral, de la frontera al ombligo de nuestro desgraciado México.

Pero no tengo historia.

Sucedé que un día agarré mi jarana y le puse una cinta que me habían tejido mis abuelas. No hay nada detrás de ello, sólo significa lo que dije: la puse. Luego me fui en camión hasta Aguililla. Ahí conocí al rey del violín.

Me tuvo como su discípulo hasta que una tarde me despidió: “Es todo lo que sé, muchacho. Ahora te toca seguir a ti”. Agarré mis cosas y me fui al corazón de Tierra Caliente, mamando la enseñanza, como dicen los viejos. Aprendí a terciar cualquier jarana, a raspar la guitarra y a formar vihuelas; fui alumno de todos los grandes de la música calentana. Aquellos viejos me enseñaron a vivir la música y a transformarme, pero me quedé con la jarana, el único instrumento que parece mujer. Y no cualquiera sino la mía, la que tengo de toda la vida por fiel, porque es exactamente mi otredad.

Ya convencido de mi vocación recorrí villorrios, pueblos, plazas; conocí escenarios, festivales, tugurios, puteros y salas culturales. Cobré de a cuatrocientos la hora pero en muchos casos no cobré nada, sólo lo que fuera voluntad. El caso es que no parara la música y que hubiera tanto gusto que yo no quisiera callar. La música, como dijo el Negro Huitrón, es para enamorarse, para bailar, para que el alma se libere. Y eso no tiene precio.

Todo lo que digo es verdad. Anduve por la sierra de Guerrero, por ejemplo, sólo que eso no sé si fue antes o después de mi vida.

Porque no tengo historia, tampoco tiempo.

Aprendí música de concierto, clásica, de orquesta y también de lucha; música de protesta y sonas para lo que fuera menester. Toqué

en jaripeos, en fandangos, bodas, en plazas municipales infestas de briagos y de narcos, sobre todo de narcos. Puesto que sé canciones para difunto, para boda y para enamorar a las mujeres, nunca me faltó trabajo. Eso es todo lo que sé. Pero un día me agarraron unos narcos y me llevaron a su fiesta. “Okey, les canto; pero yo no canto. Yo sólo soy músico, don”, le dije a un gordo que se creía el jefe de jefes. “Así que nomás toco, usté dispense”.

Me creyó.

Me creyó porque me llamo Adrián Filogonio y soy tan nahua como él. Pero si le hubiera dicho que me llamo Jimmy Castrejón, que me llamo Deybi Rangel, que me llamo Rosario Catalán, seguramente me hubiera destripado por negarme a componerle su corrido.

Así que sépanlo, amiguitos, que su palomita lo lleve por todos los caminos del sur: me llamo Adrián Filogonio y soy el mero reata de la jarana.

Dos

Me incorporé al trío del Negro por pura casualidad. Un día, tocando afuera de la terminal de autobuses en Mante, se me acercó un fulano impresionante, ya viejo pero con mucha autoridad, con gran presencia a pesar de que no era alto y de que su vestimenta era absurdamente folclórica.

—Tocas bien, muchacho. Con ese talento no pierdas el tiempo con pendejadas. Te vienes conmigo porque necesito un segundo en mi grupo, ¡el más grande de todas las huastecas!

Así me vi llevado a la cuna del huapango y a los viajes por el mar. Hicimos giras. Conocí el norte, una vez cruzamos al otro lado. Hasta diría que me hice famoso. Pero luego comenzaron las desavenencias con el grupo; decían que cómo un chamaco se había quedado con la titularidad, que seguramente había embrujado al

Negro o que era uno de esos delincuentes que los narcos imponen en los grupos, que no podía ser casualidad. Por eso seguí de largo y aprendí a trovar de otra manera, con otros giros y ritmos frenéticos que en ningún lugar he escuchado como en la región de Valles.

Ahí fue donde sucedió: el Diablo me paró en una encrucijada de caminos con su propia jarana.

—Mira, sé que eres el mero reata desde la mixteca hasta acá, pero yo no te creo —me dijo— porque, vamos, soy el Diablo y no me lo puedo creer. Así que te reto a que toquemos nuestro instrumento hasta ver si en verdad eres el mejor. Si consigues vencerme, que lo dudo, te concederé el don que más quieras en la vida.

Tocamos frenéticamente, cambiando de ritmo, haciendo compases imposibles. Incluso le cambié el tono y a veces parecía que no era jarana sino mandolina. Ya cerca de la madrugada sonaba como una lira o un requinto. El Diablo, malhumorado y con las yemas destrozadas, lanzó un escupitajo y aventó la jarana al ronzal.

—¡Me rindo! ¡Eres el más reata con la jarana! Yo no estoy para estos troles.

Luego me puse otro nombre, Heliodoro Román Rangel. Regresé de las huastecas y me inscribí en la facultad de ingeniería de la UNAM.

Tres

Ahora dejen que les cuente un cuento. Hace años un tal don Emeterio, el rey del joropo según Deybi, y para otros el mejor ejecutante del cuatro, se puso a tocar en medio de una tempestad que azotaba Venezuela. Don Emeterio, hombrón de unos ochenta y cinco años, se paró enfrente del Orinoco, sacó su instrumento y tocó con una furia inclemente hasta que consiguió menguar la tormenta. Su música fluía como un torrente en competencia con el fabuloso río; de sus manos se apartaron las nubes, sus ojos se llenaron de vaho como si él hubiera absorbido el temporal. Murió exaltado después de su osadía. Desde entonces lo veneran en Venezuela.

Cuando Deybi me lo contó tuvimos un altercado.

—¡Pendejadas! —le grité—. Nadie puede parar la naturaleza con su instrumento. La música no da para tanto, la música es música y punto.

De ahí viene mi convicción firmemente asentada sobre la música, que ahora les convido si me lo permiten. La música, amiguitos, mueve la conciencia. Te hace entender la existencia de monstruos de barro que a cada momento están creciendo pero que de hecho no son referencias concretas. Existen, pero con música los puedes derribar; no es cuestión de magia ni de voluntad, sino de entender y respetar su lenguaje. Con un la sostenido podría alcanzar la otra orilla, tender un cable de alta tensión y ahorcarlos. Con un do bemol reventaría la cinta del riego por goteo de los cultivos y haría que la mota se muriera por el inclemente sol de la montaña. Con mi jarana podría hacer la revolución, porque música es lo que haces con los dedos y con el alma.

Por eso me duele no tener en este mismo instante mi jarana, porque aquí mismo te estaría alcanzando con canciones y haríamos de este cubil un lugar romántico, al menos un lugar íntimo como el que siempre quisiste tener. La jarana me la pondría aquí, sobre mis piernas, porque hay un momento en que el instrumento se vuelve una forma más de tu cuerpo, una reencarnación que te hace sinuosa, delgada, vibrante; ávida de que te tome por las cuerdas y te exprima hasta la última nota. Mi amada... ¡pero qué tonterías son estas de compararte con un pinche instrumento!, si yo te amo como a nadie en el mundo y como nadie es capaz de entenderte. Aunque por eso mismo estoy en este cubil pagando mis penas, sufriendo, pensando que ahorita podría estar en tus brazos

y en tu clavícula, en tus pechos como manzanas levantando tu hui-
pil de algodón...

Cuatro

—Su niño tiene talento, debería mandarlo a Arcelia o a Iguala.

—¿Usted cree?

—Sí, claro. Sé cuándo un niño está hecho para esto. No sólo es la agilidad o lo rápido que domine un método. Es algo que... cómo le explico, viene de adentro; algo que lo hace diferente de sus compañeros. Para serle sincero, algo que no he visto en mi tiempo de maestro.

—Pero si uno está jodido no hay tiempo que perder. No se come con lo de adentro, mucho menos con música...

—Puede que sí. El talento se pule, don. Es cosa de que su niño se aplique.

—¿Y luego? ¿Va a dejar la tierra por la música? ¿Usted quiere que el chamaco sea músico? Y, a ver, ¿usted quiere decirme quién va a hacer lo demás? ¿Con la guitarra se siembra el maíz?

—Si resulta bueno verá que eso es lo de menos, don. ¡Con la música la tierra se gana con el aire!

—No le entiendo —el viejo se toma mucho tiempo para responder. Carraspea, se nota que está muy incómodo en el lugar—. Si vine a verlo es porque mi mujer me lo pidió. Yo no creo en eso del arte, de la música, de lo demás, ¡bah! ¡Faltaba que lo creyera! Si al chamaco le gusta la guitarra bien por él y por nosotros, de vez en cuando nos va a alegrar las fiestas. Pero de ahí a dedicarse a eso, ¡no, señor!, ¡ni madres! Este chamaco nació para joderse en la tierra, como yo; para vivir pegado al surco, pa sudar la gota que nos dará de comer. Y ya no tengo nada que decirle.

El maestro suspiró. Pasó un momento de silencio incómodo. Luego, mientras veía fijamente al niño encaró al viejo:

—Lo entiendo, señor, créame... pero debe entender que estas oportunidades no se dan dos veces en la vida. Imagínese que con los años su niño se hace famoso y cuando le pregunten diga que su padre se oponía a que fuera músico.

—Pus ya ni modo.

El hombre se puso a sacudir el barro de sus huaraches; luego, en un instante donde se supo dueño de sí, vio al maestro directo a los ojos:

—No sueñe, maestro. En esta tierra los que nacimos jodidos no podemos cambiar las estrellas. Si nacimos para maceta no pasaremos del corredor.

Cinco

Paso a contarles otra anécdota. En mi pueblo hay un predio que hace años pertenecía a un francés. El tipo, según cuentan, llegó por pura casualidad. Según unos era descendiente de un soldado de la intervención y quería aprender más de los mexicanos y su cultura, probablemente era un aventurero que se quedó sin dinero para ir hasta la ciudad. Como haya sido, pronto encontró la manera de armar la botica más grande del pueblo, qué digo pueblo, ¡de los alrededores! Por si fuera poco, cuentan que el francés les leía a los paisanos en su idioma novelas jocosas, versitos picantes, parlamentos de teatro licenciosos; que incluso organizó tertulias; que puso un taller de cerámica y criaba abejas y gusanos de seda. Nunca hubo vida tan intensa en el pueblo como en la época del francés.

Sin embargo, la máxima ilusión del boticario era conocer la cultura originaria y pronto dejó el negocio en manos de un administrador competente. Compró mulas, fierros, unos morrales enormes y después de juntar bastimento se metió a unas cavernas húmedas donde todo mundo decía que se aparecía el diablo. Entró con sus mulas, su lámpara y su pico. Algunos días lo esperaron, pero luego nadie volvió a saber de él.

El administrador, confiado de que su excéntrico patrón se había perdido en las cuevas, comenzó a disponer del negocio. Por principio le cambió el nombre de La Petit France y la nacionalizó bautizándola como Cristo Rey. Pasaron meses, años, al cabo de un tiempo se confió y vendió todo.

Sucede que un día, en las afueras del pueblo, un viejo desaharrado y con el cabello largo y resplandeciente se apareció gritando incoherencias. Lo detuvieron, se lo llevaron a la presidencia municipal y sólo después de muchas diligencias intuyeron que era el francés. Se armó escándalo, se trajo al maestro, al cura, al poeta local y, como deferencia, al nuevo dueño de la botica, ahora convertida en cantina.

Se le preguntó qué vio, qué le hizo demorarse tanto tiempo, cómo sobrevivió, cómo es que no murió de hambre o mordedura de las fieras. El hombre, iluminado sin duda, mudo por convicción más que por espanto, no dijo palabra, sólo pidió que en adelante, cuando alguien pasara por la cueva del diablo arrojara unas tortillas y si acaso un poco de mole.

—¿Cómo? —le pregunta, escandalizado, el cura—, ¿insinúa que ahí vive el diablo?, ¿pretende que le hagamos reverencia al gran enemigo?, ¿qué alimentemos a Satán?

Pero el francés no dijo nada más. Murió pronto en la cárcel municipal. Sus carceleros dijeron que su cuerpo olía a una mezcla de pasto, carbón y azufre.

Seis

Vine a parar a la barranca de San Bartolomé por algo tan descabellado que mejor no lo digo.

En cambio les cuento que he pasado noches enteras preso de terrores sobrehumanos. El frío, el viento, los animales, todo es tan espantoso que mis nervios están de punta, y a pesar de ello no puedo decir simplemente que tengo miedo. Es algo más profundo que se gesta dentro y multiplica las posibilidades del ensueño y la pesadilla. Vivo, pero no sé dónde. Estoy, pero no sé cuándo.

Hasta ahora tengo la vaga idea de llevar aquí poco más de una semana. No les diré las razones por las que aquí estoy. Confórmense con saber que voy y vengo, sueño y despierto, que he sido y seré. Apenas hace un instante creí que todo acabaría con un nuevo despertar en el que ya no estaría en una pelea ni en un fandango, sino

en mi casa o en tu cama. Como tantos viernes abriría la puerta, me despediría de ti y me lanzaría a mi casa para alcanzar algún trabajo en la carpintería de mi tío. Pero igual todo es una mentira y sigo estando en mi pueblo: es mentira que he ido por Tierra Caliente, aprendiendo de músicos, tocando para el pueblo y para los narcos.

Entonces no soy sino un sueño, un desdoblamiento. La posibilidad de mi ser sucedió en el momento exacto en que mis padres optaron por no hacer el *coitus interruptus*, y entonces surgí con la maquinaria fantástica del cuerpo trabajando a toda velocidad para que mi corazón latiera de inmediato.

Siete

Mi pueblo es un rumor de manivelas oxidadas en una tortillería, el badajo antiquísimo de su parroquia, repiqueteando. Es un olor, un árbol de jazmines que descuelga sus estrellas en las tejas de una casa. Tomo un puñado de ellas para hacerme una casa más alta, más bonita, mucho más cerca del cielo que de los jardines.

Respiro la humedad tras la lluvia: es una ensoñación. En las laderas del cerro, el musgo se alza tan fuerte como el árbol de pan. En lo bajo está lo que fui, lo que seré, la piedra que he sido.

Mi pueblo es un recuerdo que encapsulo en lo más profundo de mi ser, no sea que me arranquen y me roben el único espacio donde aún puedo respirar...

Porque mi pueblo, la verdad, no existe.

Estoy en un villorrio de casas miserables y el cielo es estrellado pero lo sepulta el frío.

Salgo al patio en la madrugada para rabiarse el dolor que corre por mis entrañas. Y respiro los jazmines, siento la humedad de las astromelias...

Y pienso, ¡qué bello es este lugar!, ¡qué suave sensación de ver el techo del mundo!, ¡de caminar entre la ceniza sin apenas incendiarte!

Pero luego, inmediatamente recuerdo: *No estás aquí por gusto.*

El pueblo, con sus largas manos invisibles, también me sepulta.

Ocho

—A ver, pues, ¿entonces cree que valga la pena llevar al escuincle a estudiar música? —el viejo se rasca la cabeza, dudando.

—Sí, don. En el tiempo que llevo como maestro pocas veces he visto tanta destreza. Es como si ya hubiera nacido con la habilidad. Dispense... ¿usted toca algún instrumento?

—No.

—¿La mamá del muchacho?

—¿Ésa...? ¡Menos!

—Pues es un caso único. No hay que desperdiciar el talento. Si usted gusta, yo me encargo de los trámites. En Arcelia conozco a un amigo que seguro le va a enseñar algo más de lo que aquí puede aprender.

—Lo tengo que pensar, no le aseguro nada.

—No se arrepentirá, señor. ¡Yo sé lo que le digo!

Nueve

Durante años, la historia del francés me tuvo espantado. No quería pasar por ahí cuando íbamos a la milpa, no podía dejar de pensar que en las profundidades de la caverna hubiera una entrada al infierno, y mucho menos pensar que un hombre hubiera podido llegar hasta ahí y regresar para contarlo.

Cuando fui más grande intenté meterme con algunos amigos. Los motivaba, los hacía vencer temores y juntábamos el equipo. Pero ya en la entrada, las lianas colgando como tripas, la humedad pegaba en la cara como vaho, algo me obligaba a salir corriendo.

—¡Pinche miedoso! —me gritaban mis amigos, pero no los oía. Era una aprensión más fuerte que el miedo y me paralizaba, aunque entonces ni siquiera imaginaba que un día la iba a conocer

con más horror. Una voz tajante la que me gritaba que no debía hacerlo.

Regresé corriendo al pueblo no una sino varias veces.

Ya grande quise escribir una historia sobre la leyenda del francés, la única historia mitológica del pueblo. No encontré patrocinadores, nadie me alentó pero tampoco nadie quiso persuadirme. Mis amigos, contra todo pronóstico, se negaron a platicarme su experiencia en la cueva. “No, Adrián, esto es un absurdo. Deberías dejar esa idea de escribir la historia del francés, ¿pa qué?”. Me enojaba, les preguntaba a gritos que me explicaran, que me contaran, por favor, por su mamacita, por lo que más quisieran en esta perra vida; pero ya nunca más volvieron a hablarme. “¡Denme una respuesta!”, les grité, pero nadie me hizo caso.

Entendí que era un equívoco y decidí olvidarme de la historia, pero muchas veces soñé al francés: caminaba con sus ropas desgarradas en pos del sol y sin voltear la vista a mis preguntas. Cuando iba a alcanzarlo volteaba y me tendía un espejo.

“Ten, muchacho, ésta es la historia de la cueva”, me decía. Cuando iba a ver el espejo todo se borraba de golpe, lo único que prevalecía era mi rostro confundido, pálido de terror.

Cuando competí con el Diablo le pedí un secreto. No voy a revelarlo jamás.

Diez

—Una última pregunta.

—Usted dirá.

—Si de pronto ya no tengo dinero para pagar los estudios, ¿qué puedo hacer?

—Uy, señor. Con la habilidad de este muchacho, si no tiene dinero él podría conseguir el resto, lo que hiciera falta. Incluso, no sé, me atrevería a pensar que con su talento hasta podría conseguir dinero de sobra...

El maestro se interrumpió, consciente de que había dicho algo prohibido, un anatema. Quiso corregir rumbo, cambiar rápidamente el contexto; masculló una disculpa que se quedó como flema pegada a la garganta.

El niño, que hasta entonces había estado callado moviendo las piernitas en la banca, alzó la vista y encontró en lugar de los ojos de su padre un abismo enorme que brillaba.

Once

Estoy en una barranca. Da igual que sea metafórica o literal. Barranca hendidura. Barranca rajada obscena. Barranca el pozo de mi memoria.

Ni yo sé qué hago aquí. Puede ser que huyendo por toda la eternidad aquí haya encontrado un respiro; puede que esté purgando mis penas, aunque desde luego, es posible que tan sólo me oculte de mis demonios. Y buscando paz lo primero que se me presenta es el nuevo demonio de la humanidad.

Aparece en densa humareda de precursores químicos e hilos de cáñamo. No huele a azufre sino a mota, a petate quemado; tiene los ojos idos y la barba quemada. Es el padre de la infidencia, la falta de oportunidades y el ansia de dinero.

Le intento hablar porque no es un ser intangible pero tiene mil cabezas y extremidades bien aliñadas de corporativo global, intereses económicos y vínculos políticos. El homúnculo viste bien, aunque a veces abigarrado y escandaloso, se pone unas camisas de seda chillona. Decido gritarle y al instante sus pelos se erizan y lanza un chillido linfático. Sus emisarios se esparcen por las laderas aguzando su olfato ante la intromisión del enemigo. Las huellas que van dejando en la tierra no son de pezuñas, sino de casquillos metálicos que van cortando en el fusil de asalto, su nuevo trinche para zaherir y castigar al inoportuno.

Cuando comprendo la naturaleza del enemigo-malo le grito groserías, pensando que así lo conjuraré; pero al contrario, me ubica y lanza en tropel a todos sus sirvientes. Los diablos son como nosotros, visten casi igual salvo que en sus manos tienen tubos negros que escupen fuego y si te alcanzan arrancarán pedazos de tu piel para escupirlos sobre el camino. A veces se detienen en el hueso, a veces te lo cercenan como si fuera pasta. Tienen ojos, respiran. *Tienen corazón.*

El humo, tan espeso, anegó la noche, que aproveché para huir de ellos. Por enésima vez en la vida los odié a muerte, pero qué hace un muchacho, un músico, un lo que sea, frente a una maquinaria invencible como la de ellos.

Doce

Sólo que, momento. A este diablo lo conocí desde hace mucho tiempo.

La primera vez que vi narcos fue en la escuela de mi pueblo, luego los vería por todos lados.

Eran dos niños apenas, de unos catorce años cuando más. En el fondo iba uno más viejo, de menos de veinte. Estaban en una camioneta de doble cabina y vidrios negros. Fumaban. Tenían recargado el cuerno de chivo en la portezuela. Nada, salvo su corte estrafalario y su mirada aguda y perdida, les daba carácter.

Cuando me les quedé mirando me hicieron un gesto duro pero no me dieron miedo ni curiosidad. Más que rabia, daban pena.

El más chico usaba unas botas vaqueras enormes color rosa chillón, y su cinto hacía juego con su camisa, aún más rosada que

las botas. Sus lentes negros eran desmesurados, lo mismo que su pistola y su firmeza de sublevar la ley.

Vendían mota a los niños de la secundaria. Era como un juego. Era divertido eso de ser narco.

Y dejaba mucho dinero.

Luego, años después, fue mi gran amigo el que me invitó.

—Éntrale, carnalito —me decía Efraín, y casi estuve dispuesto a aceptar de no ser porque a la mera hora supe que mi destino era andar con la jarana por los caminos del sur.

Éramos tan chamacos que la pose y la ropa nos quedaban enormes. ¡Cómo no!, si apenas estábamos acabando la prepa y nuestras únicas ocupaciones eran jugar futbol o rasgurar la guitarra.

—Éntrale, carnalito. Nomás se trata de *wachear* si alguien entra o sale, si aparecen *wuachos*, policías, si alguien pregunta. Tú nomás ves y avisas.

—¿Nomás eso? ¿Y cuánto pagan?

—Dos mil varos la semana.

—¿Nomás por ver?

—Nomás por eso.

Y estuve a punto de decir que sí; pero en eso apareciste, no físicamente sino en intuición, y también porque tuve miedo, porque le saqué a estar ahí de halcón.

—Nel, carnalito, yo no sirvo para esos trotes.

Luego dejé de ver a Efraín, que era de mi edad y que ya no terminó la prepa. Su voz era agresiva desde la raíz, desde sus tildes, sus grafías, sus formas de pronunciar; copiadas a los de Sinaloa. Tenía diecisiete años, quería ser ingeniero mecánico y estudiar en México. Trabajaba con su tío en un taller de suspensiones para

poder completar el pago de su prepa. Le pagaba trescientos pesos a la semana. *Ellos* le pagaban dos mil por día, nomás de entrada.

A partir de ese día se convirtió en sombra.

Una tarde, años adelante, se me apareció de nuevo. Estaba con mis compas en el zocalito del pueblo cuando salió una camioneta con vidrios negros, rugidos, música a todo volumen. Se abrió la puerta y bajó Efraín, pero el ser que bajó no era mi amigo sino un espectro, un fantasma que juraba conocerme y quería aferrarse a la vida, aunque su vida carecía de color y vitalidad.

—¡Quihúbole, mi pinche músico! ¿Qué haces aquí aplanando las calles? —me dijo con falsa jovialidad.

Pero yo no vi a mi amigo, al que antiguamente era defensa del equipo de futbol y que sabía rasguear el requinto como si fuera un maestro. Lo único que quedaba de él eran sus manías de estar moviéndose como culeco. Lo demás se absorbía y acababa en su pistola, un arma descomunal que en sus manos parecía juguete enorme y, por lo mismo, incongruente: un artefacto para desintegrar mundos y aplastar universos de hormigas. Pero no era juguete: era una pistola, una refulgente Parabellum que no sé quién carajo se la dio porque a raíz de eso se creció, se volvió confiado, impertinente, brutal sin saberlo. Apenas le iba a contestar cuando uno de sus matarifes le dijo algo al oído y se fueron derrapando.

La última vez que lo vi faltaban unos meses antes de que me pasara lo de la normal. Efraín ya no presumía, pero cargaba un miedo atroz en las espaldas y para conjurarlo se hizo violento. Volteaba a ver a todos lados, hablaba sin parar en una radio, buscaba el ángulo más seguro en las portezuelas.

Lo que había empezado como un juego comenzó a ser una obligación y luego una tortura. Primero recibía el dinero azorado, sin saber cómo de la nada había ganado tanto, sin siquiera pensar en qué se lo gastaría cuando ya le habían metido más y más dinero; pero un día, una voz, un ser invisible que hacía llegar órdenes perentorias, lo metió de lleno en la porquería: “A partir de hoy vas a barrer la plaza, limpiarla, protegerla, dar avisos, cobrar la renta”. Hicieron un infierno antes de conocer qué significaba. Las calles del pueblo quedaron vacías.

Después se envalentonaron y se sintieron amos del infinito. Al rato estaban huyendo de sí mismos, dentro de una cáscara de nuez. Todo el mundo era poco lugar para estar a salvo del infierno que se había desatado en su contra.

Los cazaron como lo hace el quebrantahuesos, que acosa, baja en picada y se remonta a las alturas con su presa para despeñarla y verla morir de dolor. Los más vivos huyeron despavoridos por el campo y se fueron al sur, cruzando barrancas como ésta, para ponerse a salvo de una razia en la que Efraín y otros cuatro aparecieron dentro de un tambo reducidos a escombros.

Pero de eso me enteré hasta mucho después, hojeando un periódico. La última vez que vi con vida a mi amigo me alcanzó a decir:

—Hiciste bien en no estar en este desmadre. La primera vez le tiras a una pinche mula nomás para probar el fierro, y ni quién te diga nada. La segunda le tiras a una camioneta de la policía y los pendejos se bajan corriendo bien ciscados... Entonces sabes que ya eres el mero chingón y que nada ni nadie te puede detener; pero luego, cuando más estás ensoberbecido, tienes que tirarle a un wey, y la verdad es que mientras él cae tú también lo haces. A partir de

ese momento ya te cargó la chingada, ya eres ahijado de la muerte y sólo esperas el día en que venga por ti.

Me sorprendió ver al joven narco, mi antiguo amigo, preguntando eso como si tuviera ochenta años y la vida se le escurriera en torrentes. Se subió a su camioneta cuando le llegó un grito desde su radio. Me hizo un adiós tan infantil que me dio pena; pero no podía tener pena porque ya no era Efraín sino una sombra, un par de lentes negros sobre una cara flaca y vacía.

Trece

Tras fracasar en mis pesquisas sobre el francés, decidí huir del pueblo. ¿Fue realmente por eso? Cuando lo puse sobre la mesa, mi abuelo Herminio sonrió, quizá esperaba que me fuera desde hacía mucho tiempo de su casa. Tomé mi mochila y me fui por ahí, a cualquier lugar donde nada me recordara la historia del francés ni mi pasado.

Pasé cerca de mi verdadero pueblo pero el miedo me contuvo. Aún andaban mis tíos buscándome, jurando una venganza que no iba a terminar jamás.

Cuando el Negro Huitrón me hizo acompañarlo en las primeras décimas improvisadas, les canté a todos que el francés, luego de salir de la cueva, tocó su instrumento y pensó en su país. Vio tumbas y neblina, auscultó el alma de su vida y quiso regresar a

París; recordó el lodo de la tumba, las cagadas de murciélago como sentina, y murió deseando no entrar jamás. El hoyo se hizo su hoyo, su recuerdo se ahogó en la humedad.

El francés murió en mi pueblo. Era el papá de mi papá.

Catorce

¿Me preguntas por qué huyo? ¡Carajo! ¿En verdad quieres saberlo? ¿Me juras que no eres narco? ¿No eres policía? ¿No serás sicario? O peor aún ¿no eres mi tío? ¿No?

Huyo porque soy como el viento. La respuesta no te la puedo decir, pero entérate de algunos detalles. Cuando comencé mi andar por el mundo, de a de veras, mis tíos me seguían de cerca. Digo mi pueblo pero puede ser el tuyo. De pronto me volví como el alcaraván, que no tiene patria sino donde lo encuentran.

Me volví como escorpión y por eso me encuentras en las barrancas, huyendo, siempre huyendo, dejando que todos se queden pasmados con mis historias.

Pero siempre me van a encontrar en la feria de San Juan, el día de san Esteban, en la fiesta del Dulce Nombre o en la fiesta de tu

graduación. Pero tengan cuidado, puede que sólo sea una sombra de mi sombra, una apariencia nomás.

Conmigo no se confíen.

Soy Adrián Filogonio, pero me puedo llamar como tú.

Quince

Nada más hermoso que el crepúsculo.

La luz, más polvo que color, se esparce por el aire y se cuela por la ventana.

Este sol que se resiste a morir inunda las calles. Nada más hermoso que una calle asolada por la tibia luz del atardecer. Su amarillo ronda los tejados. Una cascada se balancea en goterones iridiscentes que caen en la barranca.

Nada más hermoso que esa luz, dorada y bendita luz que viene del *cihuatlampa* y se estrella en el corazón de los fresnos. Entonces, rebota, juguetea con las hojas, abre mis párpados y me inunda de su hálito de vida.

Nada más hermoso que una sonrisa, que una mujer se tome de noche, con la luz de su computadora bañándole las pupilas. Y su sonrisa de tan firme llega a iluminar la noche entera.

Nada más hermoso que esa mujer. Igual que la luz del crepúsculo apareció nomás así en mi vida.

Dieciséis

Crecí huyendo de mis tíos. El francés se me aparecía a ratos para increparme lo rápido que dejé el pueblo.

—¿No ves que yo, viniendo del otro lado del mundo, hice lo imposible por entender para qué vine a vivir? No digas que fui tu abuelo, nomás oyes a tus tíos te cagas de miedo y sales corriendo. Has de huir toda la vida y yo no te voy a ayudar.

Pero es más fácil decirlo que vivir la realidad aplastante de mis tíos acosándome como perros a su presa, dispuestos a matarme tan pronto me vieran. Apenas habían pasado unos cuantos años pero en su memoria todo estaba fresco y urgía la venganza de su apellido; apenas tenía la mano seca después de la tajada aquella con la que comenzó mi ruina.

Perdí la memoria de esos años huyendo, corriendo, subiendo a camionetas y taxis colectivos tan pronto sintiera el aliento de su odio, el golpe de sangre en la nuca, el bombeo del corazón cuando una voz entre la multitud me sonaba ligeramente parecida a la suya. Pero un día, de la nada, todo cesó. Sin ningún aviso, sin rumores. Simplemente supe que la cacería había terminado y que mi vida podía ser más descansada, incluso normal. Hasta diría que perdí el miedo, por eso me pegué a la jarana y me fui a la ciudad. Cuando salí de la sierra para entrar a Amacuzac hasta me pareció que el verdor de la montaña era absolutamente bello.

Crecí confiado, luchando contra la memoria, pendiente del momento más que del tiempo. Poco a poco comencé a tranquilizarme, a dejar de pensar y comenzar a vivir.

Estudiaba el tercer semestre cuando una tarde al salir de la biblioteca la vi pasar.

Diecisiete

Su nombre me dio risa. ¡No le hagan! No puede llamarse así. Pero luego me pareció más interesante que hermosa, luego más bella que real. La seguí, la busqué, pregunté por ella. Juraron presentármela si iba a todas las fiestas de la facultad.

El día que comenzamos a andar estábamos en una fiesta de ésas. No era un fandango pero había música y baile, todos reíamos.

Después de cenar salí al patio, quería huir de su fuerza pero volviendo al centro de la fiesta. Pensaba que nunca he sido bueno para comenzar a platicar con alguien, *no voy a ser capaz de llamar tu atención*, repetía incesantemente. En una de ésas te levantaste y llegaste hasta donde yo estaba, no por mí, por supuesto; pero era ahora o nunca: te alcancé, hice que te quedaras.

Empezamos a platicar tonterías, media broma cubriendo un tercio de verdad. En uno de mis malos chistes, me tomaste del brazo y comenzaste a acariciármelo, así, con un movimiento simple de subir y bajar tu mano en mi cuerpo, movimiento exento de pasión o de ira, ya mi alma se derretía por ese sentimiento rarísimo de la emoción.

Entonces volteé a verte, para decirte que el sentimiento que traía dentro era enorme, tanto que había hecho un nudo en mi garganta que me impedía hablar. Abrí la boca, hice un gruñido.

No dije nada.

Porque además de la mudez que provocaba la emoción, mi razón acechaba como el perro a su presa, me mordía con especial puntilliosidad en los huecos de la duda. Te veía y no. Estabas pero te ibas alejando; te ganaba si te perdía.

Te vi con más fruición, sin creer que eras real pero probándome que estabas conmigo, que si todo salía bien no ibas a alejarte jamás. La razón me decía que eras muy chica, que tenías características veladas, como tu nariz, los labios y la edad; pero en la emoción que no tiene nombre lo único que sentía era tu corte de cabello, porque parecías niña, porque hacía más gráciles tus movimientos. Tu sonrisa me supo a misterio resuelto y ese como vaho que me atrapa cuando estoy contigo, aunque platicando tonterías, se adueñó de mí.

Te digo que la fiesta es muy buena pero estoy hablando sin sentido, lo que realmente me mueve es un deseo de borrar el tiempo y salir a un lugar donde no haya nada, donde sólo las palabras hagan lo suyo, donde pudiera decirte: “Ay, niña... es peligroso estar contigo. ¡Me estoy enamorando de ti!”. Porque me encanto

con facilidad y a veces sólo de quimeras, pero todo es por la portentosa imaginación que tengo, lo digo sin modestia, porque a veces soy más ingenuo que estúpido, lo digo con sinceridad. Estoy intrigado, pero esta muchacha sólo me acaricia el brazo y me sonrío sin decir nada, con las palabras en la piel y la lengua, con la poesía rezumando por los costados y construyendo las mil estructuras de la mente para saber quién es la mujer que me ama.

Quien me ama tiene una mirada que fulmina cuando voltea rápido, hasta pienso que lo sabe y lo explota.

Voltea a verme, detiene sus ojos para que me aviente de un clavado hasta el fondo de su ser. Me deja su mirada, sus sombras, sus horas y años pero pronto se queda fuera, mermando el ciclo de la noche. De mi noche.

Dieciocho

Me llamo Génesis. Soy, en efecto, el inicio de todas las cosas. Tu causa y efecto.

Tu semilla.

De todas tus locuras me gustó esa forma tan tierna de acercarte a mí, de decirme que mis ojos tienden una red en la que piensas planear sin descanso. Porque nadie pensaría que en ti caben delicadezas.

Eres brusco, taimado, parece que siempre te escondes de las personas. Tus tics y manías son insufribles... pero lo que dijiste lo hiciste con una naturalidad que sí, es cierto, me emocionó. Pero ¿eso es cierto? ¿No serás un mentiroso que sabe repetir lo adecuado en cada momento, con cada chica nueva que conoces?

Pensaré que no. Llegaste tan decidido, tan dueño de ti que no pude huir de tu embestida. Te bebiste mi mirada de un modo tan intenso como

no creí que fuera posible. Traté de ocultarme, de negarte y darte la vuelta cuanto antes, pero en cada recodo seguías presente: “¡Hola! Tienes una mirada tan hermosa que planearía sobre tus ojos; sobrevolaría sobre ellos para caer en ti!”.

Dabas risa. ¡Y este tonto qué se cree! Por eso te escupí un salivazo con mis hermosos ojos negros.

Pero ahí seguías, con mis ojos bien clavados resbalando en tu frente, escurriendo hacia tus labios carnosos. Ahora menos altivo, más ingenuo, más niño lindo. Volteaste riendo, te fuiste... ¡No!

Cuando la risa desaparecía quedaba una ausencia enorme, inabarcable, un suspiro tan amplio como los corchetes de la noche.

Te llenaste de mí sin que me diera cuenta de ello. ¡Quizá fue al revés! No lo sé, ¡quién lo puede saber!

Cuando te fuiste por el pasillo ya no podía estar sola, ya no existía el universo sino una dualidad. Huiste, de eso estoy segura. Jamás habría hecho algo como lo que siguió por ningún hombre; pero de pronto quise saber quién eras, ¡necesitaba saber quién eras!, y me dijeron que no tenías nombre. No puede ser, todos tienen nombre, pero insistieron: “Él no; tampoco tiene historia. Génesis, es un fantasma, un nosferatu, un ser venido de la nada. Dicen que es narco, que es policía, que es ahijado de la muerte”.

Por eso mismo te lo digo: me llamo Génesis, soy el inicio, el alfa de tu vida. Soy la génesis. Si estás conmigo podemos contra la muerte.

Porque me llamo Génesis y me gustas.

Me gusta que te guste, me gusta tu afán, esa locura que te define. Es lindo que digas que soy una red. Pero sé que no sólo mis ojos tejen esa red. También mis manos, mi olor, mi esencia de mujer. Esas cosas que te hacen decir tonterías cuando estamos juntos.

Me gusta que te guste.

Que digas cosas hermosas de mi cabello.

Que te encante mi mechón azul.

Diecinueve

Me llamo Adrián Filogonio y dicen que soy el ahijado de la muerte; vivo cerca del metro Copilco, soy estudiante de la Facultad de Ingeniería. Un día voy a estar trabajando en una empresa que construirá autopistas, presas, cosas importantes, y no voy a regresar a mi pueblo, renegaré de mi pueblo porque seré el ingeniero que venció su pasado y venció a la muerte. Pero antes de que siga hablando, un dedo finísimo se posa en mis labios y de un golpe certero me tiran en la cama.

De pronto ya tengo entre mis manos tu espalda arqueada, tostada al sol en algunas partes y amarilla el resto. De pronto ya puedo lamer tus huesos, tus extrañas ropas. De pronto tu risa, tus ansias, tus aventuras me las cuentas como si fueran mías. De la nada tus rutinas, tus cuarenta minutos de correr diario, tu amor por ciertas

comidas, tu odio a otras entran en mi cerebro y desdibujan mi aire a ropero viejo de la abuela. Inesperadamente, tu cabello, tus tenis, tu música, tu *lipstick* y tus lentes me adornan. Toda tú eres conmigo.

Me dijiste que sí, que me amabas, que no importaba que no fuera Heliodoro Román Rangel sino Adrián Filogonio, o que mi segunda lengua fuera el español.

A partir del sí, me amaste de raíz, desde el aliento, con todas las potencias habidas, la sangre, la tierra, el agua, el ehécatl.

Porque el amor es intenso, extenso, vertical en la horizontalidad. Imposible de definir.

Porque ya era nuestro.

Veinte

El francés se me apareció por última vez una noche en tu cama.

—Veo que eres feliz, que no has seguido mis pasos, por fortuna. También veo que tu huida ha tenido un descanso. Bueno, es que no eres malo ni bueno, sino el mismo de siempre; qué se puede esperar. Pero también me enteré de que le ganaste al Diablo y eso, hijito mío, siempre es reconfortante, sólo que no te vanaglories porque... ¿cómo te digo?: *Il ne fait jamais nuit quand tu meurs*; cuando uno comienza a correr ya no se puede detener jamás. Así que si quieres que te dé un consejo, aférrate a esta muchacha porque quizá más pronto de lo que te imaginas, hijo, vas a tener que salir por la ventana muerto de miedo y maldiciendo tu mala hora. ¡Cobarde! ¡Me das tanta lástima! Así que puesto que nada nos queda, nada nos ata, recuerda: *nous rallions nos pareils pour éteindre*

la dette. Cabalga con ella en el viento, y no dejes que se acerque al sol... No puedo decirte más, te he aprendido a querer aunque lo que hiciste no tenga nombre.

Pero entonces no me importaban los nombres ni las cosas. El pasado era una referencia mitológica escrita en una lengua mestiza, y Ciudad Universitaria era un lugar inabarcable que dominaba todo el presente.

Veintiuno

¿Recordará el futuro cómo eran esos tiempos? Nos levantábamos para ir por ahí cerca de la Biblioteca Central, con café en la mano y mi jarana guardada en su estuche, porque ya no importaba tenerla sino ser para ti, recorrerte, sorberte, perderme en tu interior. Te dejaba en tu escuela y corría a sacar libros de álgebra, a retomar las matemáticas y la estadística, pero ni una ni otra sino de nuevo tu cuerpo, agazapado en las bancas, en el pasto, en un rincón de la entrada al metro, en mi cuarto de estudiante y en tu casa.

Te besaba y respondías. La espalda arqueada, el gesto candoroso, los ojos cerrados y los gemidos. Te besaba, mordías mi espalda, deshacías el nudo para soltar las piernas y hacer que tu cabello se desperdigara en mi cama, que entonces no era un catre militar sino una cama bien puesta, mullida y crujiente.

Me ponías las manos en la cadera. Luego hacías un gesto para refrenarme.

—¡Vas a despertar a los vecinos!

Pero nada me importaba y seguía en ese batir del colchón y tus huesos, de tus piernas y el pubis dorado como maizal en el atardecer. Luego me tumbaba a tu lado y te abrazaba con fuerza para que no te hicieras de fuego y recorrieras el campus convertida en centella.

Solíamos volar juntos.

Veintidós

Y entonces me dijiste:

—Ve por la jarana, Heliodoro —pero la segunda, algo más agudo.

Aún te veo con la piel quemada en el escote mientras abrías un estuche rarísimo.

A veces es real eso de que dos personas viven emociones al mismo tiempo. Aunque no lo quieras, aunque no lo decidas. A veces es imposible salir ileso de esas conexiones.

Al principio dejé de tocar, admirado del sonido tan peculiar del *cavaquinho*, como si mezclaras la guitarra con la mandolina en octavas imposibles de reproducir. Pero me animaste a seguir y a no perder tono, a no perderme en tu vientre o en tu voz.

—Éste se rasguea diferente, porque es amante celoso, por eso te lo presento así, libre de mentiras —dijiste con el aire solemne que deja la desnudez.

Si te sientes mal, es señal de que ella está mal. Si te sientes bien, es señal de que las cosas caminan. Pero si te sientes lleno de desasosiego necesitas urgentemente construir un lenguaje claro sobre la vida, tu vida y la de ella. Te levantas sorprendido de estarte preguntando como obseso ¿qué es el amor?, ¿por qué siento lo que siento por ti? Te dices más cosas, interrumpiendo lo relevante, diciendo palabras melosas y pensando en ridiculeces cuando deberías de estar listo por si la policía llega para interrumpir tu boteo. Ya no rayas las paredes mentándole la madre al gobernador sino en favor de la revolución y del amor. “Necesitamos hacer el amor y no la revolución”, repites, lo has escrito en las paredes, en tu mochila; si no te dijeran lo contrario tus líderes lo pondrías en las banderas y pancartas.

Reaccionas dramáticamente: dejas de disparar tu fusil pensando de dónde te ha llegado semejante pendejada.

Si eso sucede, ya ni pienses en otras cosas, es señal de que estás enamorado, enculado, hasta la médula. Tira tu fusil, deja la marcha, huye de los patrones. Busca a tu amada, seduce a tu amada, intérrumpela en lo que hace y besa su ceja café.

Mientras tocabas, el cabello cubría tus ojos, como la Venus de Botticelli que emerge del mar y se recoge el cabello para dar paso a la hermosura.

Cada nota era autónoma y sincrónica, mejor acompasada que la jarana con el arpa.

—Es que no hay otro instrumento para acompañarme que la cuica, que se toca con la mano hecha ovillo.

Entonces uno ya no dice que es lo que es. Enamorado no queda de otra que tirarte un clavado y apostarte la vida.

Fue cuando te diste la vuelta, como si la Venus hubiera encontrado a un viejo conocido en la ribera y dejara que la espuma se quedara con ganas de invadirla. Desbordante: un movimiento apenas perceptible.

Me acerqué a ti y puse mi mano echa ovillo entre tus piernas.

Veintitrés

Cuando me pregunto sobre el tiempo caigo en un pozo sin fondo, donde el recuerdo, la ensoñación, la memoria y el presente hacen una sola cosa.

Cuando la oscuridad se clarifica descubro que todo es una burla. Mi mamá me decía cuando era niño que un día iba a ser un gran músico y se me hacía que el amor desinteresado de mi madre era una forma muy particular de burla.

Aún no llego al pozo, simplemente estoy acodado a la orilla, escupiendo, aventando piedras para sondearlo. Cuando la piedra hace que retumbe el agujero de la memoria todo vuelve a empezar de nuevo, agarro una piedra más grande y la arrojo con furia, a ver si el golpe del fondo puede disolver las apariencias y fortalecer las imágenes esquivas. Mi mamá me quería mucho, a los cuatro años

me compró una guitarrita en una feria de barrio porque según yo había nacido con el don de la música. La piedra resuena como el paso de un monstruo que espanta a las imágenes. Muchas de éstas desaparecen para siempre en el pozo, en el fiordo de lo que ha sido y no será; eso vale tanto para las grandes ausencias como para los encuentros que suceden a cada instante.

Vivo fuera del tiempo pero sujeto a él. ¿Quién he sido y quién seré? Lo que pasa es que hace mucho estas preguntas me producen flojera. No ha habido ermitaño ni eremita, santo o profeta que logre trascenderlas, ¿por qué habría de conseguirlo yo? Ni siquiera recuerdo cuál es mi verdadero nombre.

Me conformo entonces con recrearlo, con pulirlo. Muchas personas le agregan cosas a su pasado o se las borran definitivamente. Yo lo que intento, amiguitos, es mostrarlo puntillosamente, sin tachas, tal como fue.

Veinticuatro

Nos unían cosas tan distintas que de ser tan extremas eran complementos. El café fuerte, de gran cuerpo y acidez, los poemas de Roque Dalton, la lectura a rabiar de las novelas y poemas del *break*, porque a mí me daban igual las ridiculeces de las corrientes literarias, pero tú te morías por defender a tal o cual bando y por atizar las inútiles guerras de papel. A veces te contaba de aquellos bailes donde tocaba el grupo Liberación y te reías porque nunca habías escuchado esa música, porque se te hacía bárbaro el jaripeo y sin embargo podíamos ir a buscar con la misma emoción el restaurante de moda en la colonia Roma.

Disfrutaba viéndote jugar sin cansancio con el celular, metida hasta la madrugada en el Facebook para que tus cientos de *selfies*

llegaran pródigas al mundo, intactas pese a la repetición de tu belleza.

Y me seguías, sin embargo, cuando la nostalgia me hacía empuñar un son, porque también fuiste mi escudera y mi fiel guitarra; tú la señora y yo el trovador de nuestra historia.

Pero luego te llenabas de palabras que a lo largo de mi vida he entendido sólo sirven para envilecer el alma. Ponías cara seria, no digo que fueran tonterías aunque yo procuraba rérme para que no les dieras mucha importancia. Te levantabas el mechón de cabello, hacías de mujer de mundo y me soltabas la retahíla. Cerraba los ojos mientras te oía hablar con vehemencia insufrible. Luego callabas. Luego te reías de nuevo.

A veces me besabas.

Veinticinco

Y fue precisamente en una de éstas cuando me lo dijiste:

—¿Irías a la guerra?

Pensé que era broma y te quise dar un beso pero muy seria me apartaste.

—Es en serio. Respóndeme.

Te dije que no, que lo mío no era la guerra sino el combate desde otras trincheras, desde la organización, la convicción política, la estructura, ese tipo de cosas. Pero tú, firme, dijiste que era la única opción para socavar el régimen, que no había de otra, que después de una lucha infructuosa en la política no quedaba sino agarrar el fusil y tirarse al monte o a las calles, que con el despertar de la conciencia social no quedaría un paso para que la revolución comenzara.

—Para acabar con el gobierno sólo caben balas —apuntaste triunfal.

—¡Por supuesto que no! ¡Estás loca! Vivimos cincuenta años después de las grandes revoluciones que, con todo y ser grandes, acabaron en pifias. ¿Tú en la guerra? ¡Por favor!

Mientras hablaba, tu gesto se descompuso, de la incomprensión al coraje, luego al odio, después pura ausencia; pero no podía parar, no era que no te valorara sino que intentaba demostrarte que el camino de las guerrillas ya era cosa caduca, que no había forma de concientizar a la gente porque a lo más la gente quiere barullo.

—¡Estúpido! ¡Reaccionario!

No te contesté. Sentí que te perdería si insistía; pero no entendía que con todos los años del nuevo milenio, con la experiencia desastrosa del estalinismo, el capitalismo, la tercera vía y todas esas marrullerías siguieras pensando en que podías volver a los sesenta y meterte sin más a una guerra contra el gobierno.

—Entonces no sé qué hacemos juntos. Si piensas que no se pueden cambiar las cosas no puedes cambiar tampoco mi amor ni mis pasiones ni nada que me forma.

Tenía ganas de retenerte, incluso de decir que sí, que por ti iría a cualquier cerro y cualquier guerrilla, pero no lo hice.

No podía aunque en el fondo era lo único sensato que podía hacer para acabar con esa tontería. Te vi correr hacia la entrada del metro, ibas hecha una furia, pero aun así tu cabello resplandecía y parecías más hermosa que de costumbre.

Pude ir y decirte que sí, pero me quedé sentado.

No podía, no quería hacerlo.

No quería volver a...

Veintiséis

—¡Órale! ¡A chingarle! Se me pone a estudiar la nota o lo chingo.

El niño se tercia la guitarra, tan enorme que parece un tololoche, o un bajo de estudiantina. Una, dos, una, dos; el círculo de sol hasta abarcar todas las constelaciones musicales.

Luego pausa. La torta y el refresco resbalan por su garganta sin que le sepan a nada, por cierto, ni siquiera a sal. No acaba de tragar cuando está otra vez en el círculo de sol.

El humo se le mete por los dedos, deja de respirar aire porque sólo hay humo, el humo apestoso del hombre que tiene enfrente, el humo del cañaveral, de las zafras, de los camposantos que hierven gusanos achicharrados de tanto que se han cebado en los cuerpos calcinados de los adolescentes. Y vuelve el compás. Una, dos, una, dos.

—¿Qué?, ¿pensaste que esto era un pinche colegio de niñas?
¡Órale! ¡A chingarle otra vez!

La rabia es tanta que las cuerdas no arden, los dedos no supuran sangre, la niñez no es impedimento: toda masa ocupa un lugar en el espacio.

Si le atino por debajo de su lonja, con la mera punta de la guitarra..., piensa. Si le tiro su vaso maloliente, si le quemo sus ojos con los cerillos que debo comprar. Pero él sigue. Una, dos. Círculo de la. Una, dos.

—¡A chingarle duro! Mañana se me sube al camión y se pone a trabajar. ¡Aquí no mantengo vagos! ¡Órale, que ya desafinó!

Mejor le tiro por su cuello, piensa, o en la boca de su panza, seguro ahí entra de golpe y no para hasta llegar al hueso.

—Ora, a darle Ometepepec.

Si le tira de sus bigotes el hombrón se parecerá a Pablo Morsa y mientras se recupera de la broma el niño tendrá un minuto para mear, para cagar a gusto sin prisas y sin congojas de esta vibración que le inunda el triperio. *Vengo a ti vergel florido a cantarte mis canciones.* Una, dos.

—Ora le das “Por los caminos del sur”, pa que aprendas a tocar música chingona y no pendejadas.

Una, dos. El compás. Una, dos. Si sabe que puedo volar me tapa la ventana y me quedaría condenado... o peor, ¡capaz que me vende con los gitanos! Además, están sus compas los policías, quienes podrían rastrearme por todos los confines de la montaña, están sus otros compas, los que siempre andan armados y vigilan que nadie suba a la sierra. Y sus parientes, más jaguares que jilgueros... *Hay rosas, voces y estrellas, son canciones y doncellas bajo un alto cielo azul...*

Si el hombrón se llegara a enterar que el niño puede andar por encima de las nubes tirará la puerta y lo lanzará para Acapulco a pedir limosna.

—¡Ora!, una, dos; una, dos; una, dos...

... es un bello desafío la selva con la montaña...

Agarro la plumilla, la doblo por acá, hago como que rasgueo, hago que la música se invierta, que suene a cráneo molido, a piedra de metate.

—¡Ora! ¿Qué no oyó?

Los varazos zumban en el aire como mosquitos. Al llegar a la piel chasquean como balazos de calibre veintidós.

No me enseñan a matar porque sé cómo se mata y en el agua sé lazar sin que se moje la reata...

Pero si pasa algo, si algo pasa mal, entonces tendré que huir y ¿quién le va a hacer caso a un niño de diez años?

Veintisiete

Me casé dos veces. Bueno, casarse lo que se dice casarse sólo una, como Dios manda, mijo. Entonces tenía diecisiete años y era un flaco sin oficio que pretendía a Rosita. Mi Rosita era pequeñita, de cintura apretujada, ojos negros y un rizo cayéndole sobre la frente. La vi en la misa de ánimas y luego la seguí por todo el pueblo, hasta que le hablé y la pretendí.

Su papá no me quería. “Ese cabrón es un vil texcalero que ni tierras tiene”, le decía. No me querían porque yo no era de campo sino del aire, de la música; porque nunca he tenido tierras pero siempre mi guitarra. El pinche viejo se encargaba de hacérmela bien difícil, me la escondía, me humillaba con sus toros de agostadero, con sus tierras, con su camioneta, porque vaya, el viejo sí era hombre rico, pues.

Yo me jodía en la siembra, un tiempo anduve de garrotero en el tren de San Luis. Hasta llegué a jalar para Tampico por si lograba hacerme

de un dinerito para convencer al pinche viejo, pero nada, nomás se reía cuando le decía que mis intenciones eran serias con la Rosita.

Entonces decidí que no podría por la buena y me la robé. Así a lo macho. Le dije que no se llevara nada y que si en verdad me amaba que ya era la hora. Ja, ja, ja, cuando el viejo se dio cuenta ya había sido mi mujer.

Pero espérate, que no todo fue fácil. Cuando llegué a mi casa mi papá me dijo: “¿Y ora, por qué apenas llegas?”, y le respondí, “Pues nada, que ya me traje a mi mujer”. “¡Hijo de la chingada!, ¿en qué problema nos metiste!”. Eran otros tiempos, hijo. Mi padre era muy bragado y me dio un chingadazo del coraje; pero cuando vio a mi Rosita, con su vestido azul plisado y su cara de ángel, él mismo me levantó del suelo. “Pues ya ni modo... Ora jálense pa'l patio, quédense en el machero”, nos dijo con fastidio. Pero que le respondo: “No, padre, si vine es porque lo respeto y mi mujer se queda en mi cama, que a fin de cuentas es mi cama y mi dinero me costó. Si no está de acuerdo pues, entonces, le jalamos pa Mante, pa Valles, incluso hasta San Luis; ahorita me jalo y no vuelven a saber nada de mí en su vida”.

Estuvimos casados cuarenta y cinco años, hasta que se me adelantó por la pura envidia de mis hermanas y otras chismosas que le iban con cuentos a cada rato: “No, Rosita, que el Negro es garañón y no puede andar un día sin arrimarse a las viejas”; “Cuidate del Negro, Rosita, que dicen que tiene sus viejas en todos los pueblos de la Huasteca”; “No, Rosita, hija, que el Negro no es para creer, y te lo digo yo que soy su hermana” ...

“Son habladas, vieja”, le decía. Pero mi Rosita ya estaba contaminada del mal y la muerte la había marcado.

Cuando la llevé a enterrar, vi de pronto que mi casa era enorme. ¡Imagínate, muchacho! Yo, acostumbrado a andar un mes en giras, a vivir debajo del cielo como si fuera el único techo, de pronto me sentí solo,

arrimado, como un perro que no puede entrar a la casa grande. Saqué la jarana y me puse a trovarle, pero no arrimaba dos cuartetas cuando las lágrimas se me hicieron buche y no me dejaron ni respirar.

Ahí fue, muchacho, cuando sentí la muerte, que el Negro Huitrón llegaba a sus últimos días, abandonado, sin el amor de su vida que era apretujada de cintura y tenía un rizo que me encandilaba la virilidad...

Ahí supe que no debía estar solo, que si seguía solo me iba a morir de pura tristeza, como los loros, que cuando muere su pareja se quedan callados y buscan un aguaje para ahogarse.

Veintiocho

Entonces, mi cielo, si tú conocieras al gran Negro Huitrón, fundador de los Ángeles Huastecos, el mero papá de todos los músicos, sin duda sabrías que el amor es una opción de vida, no la única, quizá la más atractiva solamente entre

el amor al arte el amor a la política el amor a la religión

el amor a las ideas

el amor a la conciencia

el amor a Dios a los hombres a los animales

el amor a la naturaleza el amor filial el amor materno

el amor a lo intangible el amor a lo delicioso el amor de los hijos a los padres el amor que se pega a la tierra con la persistencia de la atatana

el amor al amor

el amor después del amor y el que antes de él se ratifica.

Pero en un punto se borran las diferencias y todo se esclarece, y descubres que no eres nada, que no has aprendido nada, que todo encuentro es despedida.

Que el amor es uno y punto.

Veintinueve

¿Reaccionario? ¿De qué manual oxidado y roído de ratas lo sacaste? Vivimos en el nuevo milenio, en otro siglo, en el tiempo de la globalización, de la violencia, del quiebre de los estados. Si es cierto que el comunismo y el anarquismo buscaban aniquilar al Estado ahora lo ha conseguido pero no por la conciencia de clase ni por la lucha del proletariado, lo que es más, ni siquiera por ellos mismos como por la delincuencia, por los motos, los cocos, los que fuman yerba, los que se dan un toquecito, los que buscan piedra y cristal en los confines de la noche. ¡Ay, amor! Si apenas queda nada del Estado no es por una lucha organizada ni por una conciencia política como lo que quieres hacer, mucho menos por el trabajo de los intelectuales como por culpa directa de los que trasiegan, los que luego de darse un toque deciden que mejor se van a dedicar

a vender la yerba y terminan haciendo desfiguros. Por aquellos que salieron de su pueblo para conquistar el mundo y después del fracaso decidieron que mejor conquistarían su propio pueblo, y secuestraron a su amigo, luego a sus vecinos y cuando al fin tenían dinero para sentirse perrones, les cayó la muerte encima como un gabán luido.

Ellos, amorcito, le dieron en la madre al Estado, no tu comunismo ni nada. Ellos y los holgazanes, los bolsones, los huevones que se pasan todo el día arreglando el mundo y posteando pendejada y media en su red social. Ellos, los que hacen la guerra pero no quieren mancharse las manos. Ellos, pero sobre todo sus padres putativos, el comercio desmedido, la sed de riqueza, la mezquindad de saquear la propia casa, de robar hasta la silla en la que estás sentado, de tirarte un pedo al lado del cadáver de tu padre, o matar a sangre fría sin miedo de que te metan a la cárcel, porque a fin de cuentas esos padres se han encargado de que no exista ya una sola idea del castigo. Si eres capaz de vender tus ojos, sacados con un picahielos, cuán más un pedazo de tierra, justo aquella en donde una tumba puede justificar la idea de patria.

Los ismos murieron hace décadas, tantas que parecen siglos.

En cambio nuestro amor es un eterno presente. Y vienes a contaminarlo con ideas que ni al caso, que ni sabes. Porque dime, amor, ¿algún día de tu pendeja vida has estado en la verdadera pobreza? No en la de no tener para un boleto de metro o para una caguama, sino en la de a de veras, en despertar sin saber qué comerás, sabiendo que aunque te mates en el surco o te vayas caminando hasta la ciudad y mueras en la obra o en la fábrica, de todos modos no conseguirás ni un peso ni cinco centavos, que nadie te va

a dar limosna porque te verán muy jodido y les darás miedo, y que además no sólo eres tú sino tu mujer, tus cinco hijos, tu enorme parentela que vienes cargando desde cinco siglos atrás, cuando comenzó tu historia de miseria. Que todos son, están, han estado. Que lo jodido es parte inherente de tu persona.

¿O has ido a la sierra? ¿Has dormido en el suelo, mientras sientes que los piojos te destruyen la cabeza a mordidas? ¿Has estado en una barraca, con tu hijo muriendo de disentería, crudo hasta la madre y aun así con la obligación de cortar tus veinte botes de jitomate o te meten a la cárcel y pierdes hasta tu sombra? ¿Has construido un mundo equitativo fuera de tu café, de tu restaurante, de tu tertulia, de tu periódico sabihondo? ¿Conoces la verdad que franquea Coyoacán, o Ciudad Universitaria o los andadores de la Condesa?

¿Conoces la miseria? ¿Haces algo por destruirla?

¿No?

No, porque te la pasas leyendo libros anacrónicos, periódicos sabihondos, páginas de internet que tienen todas las soluciones; pero tu mundo, disculpa, es uno de fantasía, un país ideal que debe seguir un modelo ensayado en una revolución de papel. Idolatras restos de sombras, entelequias de hombres que un día fueron jóvenes y también soñaron... pero es que soñar no es el problema sino inventar nuevas ideas, nuevas ideas, nuevas ideas... incluso pasando por encima de ellas, arrostrando las pátinas, el pus, la sentina en la que han descansado, el fango en el que se han edificado las instituciones y sus símbolos.

Si lo entiendes, luego toma tus manos y destrúyelas.

Vivimos en la pura desgracia, amor mío. Si tú conocieras mi vida, si hubieras tenido un amigo como Efraín no digo que me darías la razón, pero al menos sabrías que no miento, que no estoy viejo ni moralizo. Estoy curado de espantos.

Así que te doy un consejo, cierra tu Facebook y entiende: la putrefacción de la sociedad comprueba la ruina de la civilización. ¿Que estoy hablando como panfleto? No, amor. Es que la vida te enseña la realidad de una forma muy cabrona. El hombre viene de una cloaca. No somos parte de un sueño, no existe la política, no existen ismos que sean capaces de resolver problemas, concientizar a la gente y hacer que haga cosas por su país, por sí mismos, incluso. ¿Es que no te das cuenta de eso? Que vivimos en la pura contemplación: la gente sólo quiere divertirse y estar en el filo de la emoción. Luego de eso nada importa, todo se puede ir al caño, y aunque el periódico diga que miles se movilizan, un millar no es nada frente a los millones que componemos esta casa putrefacta.

Sólo el amor, entiéndelo, es universal.

Segunda parte

Uno

Me llamo Adrián Filogonio. Me llamo Heliodoro Román Rangel.

No tengo historia. Mi vida comienza en un hospital malísimo donde fui parido. En el momento que mi madre tuvo dolores intensos y supo decir: “Es hoy”.

Mi vida comienza el día que un maestro me mandó a estudiar música a Arcelia. Pero lejos de seguir firme, como una línea que de antemano augura tu éxito, resulta que se estrelló a la vuelta de mi casa.

Mi historia no ha tenido ciclos ni anatemas porque no existe, es pura fantasía. Ahora mismo, mientras estoy escondido en esta barranca, pudiera decirse que resucité pero que nunca he nacido. La muerte la traigo entre ceja y ceja desde el momento que fui concebido.

No, en realidad desde que lo apuñalé.

Desde que mis tíos juraron vengar la muerte de mi padre y me persiguieron por toda la sierra.

Pero dentro de la entelequia que ha sido mi existencia, estoy seguro de que si alguna vez existí fue desde que conocí a mi amada.

Desde que el amor se me reveló.

Dos

Espero. Espero interminablemente. Esta espera así debe ser, como el recorrido de mis manos por tu espalda, como mi abrazo sobre tu cadera, infinita a pesar de los vislumbres. Espero que me redima tu amor, que se conozcan las verdades históricas de las tragedias, que la violencia termine. Estoy oculto en esta inmunda barranca y quisiera tararear una canción de Martha Gómez para ver si así encuentro algún sentido a esta broma.

¿Tú que haces, mi amor? ¿Me olvidaste? ¿Sigues armando tu revolución? Quiero pensar que estarás por ahí, jugando con los niños la ronda de pan y canela, y que se cuelgan a tu caballo de arena, y los llevas despacio al subir la cuesta, porque jugando, mi amor, se acaban los problemas.

Yo juego con el sol y la tierra, con el sol de madera y la luz que tiene miedo de bajar a la barranca. Pero no sé por qué huyo o me escondo, por qué llevo años de huir, de escapar de las sombras, de negarme la oportunidad de estar en la luz.

Tu luz.

Primero pensé que era la muerte de mi padre, anunciada por el francés, mi abuelo. Luego sentí que la razón se debía a que, desde que lo maté, mis tíos me persiguen con venganza jurada. Luego ya no sé, todo puede ser: mi pasado, tu pasado, Efraín, la guerra, los ideales, la locura.

Tres

No hay justificación. Simplemente me eché a correr, te dejé en el pueblo y me tiré en esta barranca hedionda y peligrosa.

No huyo de ti, mi amor. Huyo de mí. De toda la vida, de mis sueños y quimeras.

Huir es mi condición.

Por eso soy músico, errante, taimado, entregado y vuelto a reintegrar.

Huyo pero te amo; eso jamás lo dudes.

Cuatro

Madrecita Tierra, mi *Toci huey Tonantzin*, ampárame porque soy una hoja y el tremor del viento va a desarraigarme de tu seno.

¡Madrecita!, como me enseñaste cuando era niño: sostenme con tus rezos hasta que alcance lo divino.

¡*Huey Tonantzin!*, ¡mi dadora de vida *Ipalnemohuani!*, dame tu venerable corazón para que lo adore, para que me cuide, para que no deje de seguir mi sombra.

¡Líbrame del mal!

Tonantzin: que el día de hoy no sea preso ni muerto ni de sangre descompuesto; quien mal me quisiere hacer, pies tenga y no me alcance, manos tenga y no me pesque, ojos tenga y no me divise.

Tlazohcamati.

Cinco

Tirito de frío. La barranca es pulida y el viento recorre desde el terrible y fabuloso *Mictlampa* el resto de nuestros alientos. Miente quien diga que el viento es invisible, o que por tener máscara de pato se conforma con silbar, si bien sabe el que lo ha conocido que es un gigante con fauces de sierpe y alas de pájaro que tan pronto sale de sus cavernas abre la boca para hendir sus dientes en lo que recorra.

El aire, el gigante, abre las fauces para ir royendo los huesos y al llevarse el aliento de los vivos hace un recorrido fabuloso, que apenas dura unos segundos pero es suficiente para barrer todas las distancias, el cerca y el junto.

Poco importa que evites su embestida, que, como ahora yo, te refugies en el lecho mineral de sus sueños. El viento, barriendo

por lo bajo al *Mictlampa*, huele tu miedo y detecta tu emoción. Se va directo como campeón de cetrería y sin que lo puedas evitar se ha llevado una tajada de tu sueño.

Sueño... sueño que sueño que el viento se llevó mis sueños y luego se ha ido tranquilamente hacia el *cihuatlampa*, consciente de que no soy guerrero ni colibrí ni mujer encinta.

¡Bah! No lo necesito: sigo vivo, viajando desde Valles a San Luis, tomando jobito muy frío enfrente del templo de San Agustín, tocando la jarana en convites y bodas.

Huyendo, huyendo de todos, como ahora huyo de ti, nuevamente...

Seis

Después de un fandango nos salimos al corral de la casa y te tumbé sobre un manojito de romero, pero no cediste un ápice y tus piernas, tan fuertes como tenazas, tampoco cedieron a mis manos.

Recordarás que fue exactamente un 15 de agosto. De la nada la fiesta del pueblo se frustró por un aguacero que luego se complicó porque era un huracán, y la gente de San Bartolomé tuvo miedo.

Tú también tuviste miedo y te echaste a llorar sobre mi hombro, pero la tormenta no rebatía su dominio porque a lo lejos, después de las montañas, se veía un rayo de sol desafiando al meteoro. Te lo dije, los contrastes son peleas, aunque ya no podía hacer nada y seguías llorando.

El aguacero campeó por todo el pueblo de una manera horrenda, desgarrando árboles, silbando macabramente, y la

pequeña feria que se acababa de instalar no pudo recoger los bártulos; incluso, dentro de las sombras espectrales que ya se adueñaban del lugar, una rueda de la fortuna desvencijada como altísima comenzó a girar. Circunvolución de la rueda, y tu nariz afilada llena de lágrimas incontenibles. Ojos y tarde nublados, tan llenos de rencor como de lástima.

Ese día nos perdimos irremediablemente.

El aguacero crecía como cortina de agua desplomándose, la rueda de la fortuna, inverosímil, centelleaba luces neón y silencio. Llorabas, pero ya no podía controlarte, no sabía por qué razón debía de controlarte y no huir. Me quedé como estúpido viendo los giros del aparato, oyendo el griterío que se iba incrementando o decreciendo según la intensidad de la tormenta. Recorrí las caras de angustia de la gente, las luces, el movimiento inútil de un aparato que no pudieron detener y se movía intermitente. Me acordé de ti, con una mezcla de nostalgia y euforia, con unas ganas de tenerte al lado pero sabiendo que si eso sucedía bien podía besarte o bien podía golpearte en la cara.

La rueda de la fortuna giraba, pero los niños y los viejos no estaban sentados en las bancas del juego sino en las del templo, espantadísimos de que viniera el fin de los tiempos. El pueblo celebraba la Asunción de la Virgen, pero la iglesia era tan atroz que no quise entrar. La lluvia no permitía ascensiones sagradas: escuchaba toda la miseria del cielo. Me salí sin importar que me dijeran que no, si gritaste o te desvaneciste no lo supe; unas viejas benévolas intentaron controlarte, según intuí por el ruido. Pero me salí, como ya sabes, a la parte norte del atrio. La tormenta no parecía amainar y de inmediato quedé mojado, provocando espanto en

las personas que desde la puerta del templo agitaban las manos para que regresara con ellos, para que cuidara de ti. Pero en cambio, volteé a ver hacia la lejana barranca que ya entonces debía ir llena de un cauce fierísimo. Vi pasar dentro de ella a dos muchachas y un niño que parecían momias. No quise pensar en ti pero al final terminé haciéndolo. Es que ésta es mi historia, amor mío, y no sé si puedas entenderla o aceptarla; pero como tampoco me quedaré para saberlo, mejor me iré de ti.

Aventé mi jarana, aventé la cinta de lana que me tejieran mis abuelas y corrí desesperado hacia el único lugar siniestro de este pueblo tan bondadoso.

Aquí estoy entonces, y no puedo salir como tampoco puedo salirme de ese sueño que comienza contigo en Ciudad Universitaria y acaba de golpe en una barranca de San Bartolomé.

Siete

En tu cuarto nos tirábamos en la alfombra y soñábamos con cambiar todo, de la identidad al destino, hasta el universo. Por eso te dije que sería chistoso que en lugar de ser amantes de jaranas y *cavaquinhos* hubiéramos sido seguidores de baladas, de grupitos de moda, y no acababa de decirlo cuando ya te morías de la risa. “Te hubieras visto bien chula en un baile de mi pueblo”, te dije. Entonces, te paraste, con la cara llena de travesura, y pusiste un disco tan raro como anacrónico.

—¿Y ése quién es? —te dije, mientras veía pasar tu sombra.

—Neil Diamond.

—¿Y esa música qué?

—Shhhh —me ordenaste—. Escúchala y luego me dices.

Así conocí al músico judío que se resiste a cantar únicamente para y en la sinagoga porque prefiere seguir su destino contrarcorriente; aunque eso lo ponga contra su padre, quien también es rabino y paladín de la decencia, contra su sino, contra su mujer y su vida. Una historia demasiado común. Incluyendo su mejor canción, “Love on the rocks” que arma con metáforas precisas los avatares del amor. Me dio risa, pero luego, cuando volviste a ponerla, algo, algo que me agarró en la parte más profunda de mi ser me hizo pedirte que la repitieras.

Lo hiciste, pero ya corrías desnuda por el cuarto, y te pusiste una cinta roja en la cabeza mientras bailabas frenéticamente.

—¿Qué sería de nosotros si viviéramos en tiempos de Neil?

Y seguiste bailando, con tus pechos erguidos por el movimiento, y yo imperturbable porque de la nada me había conectado con la historia: “Then they really have you / Nothing you can do or say / You’ve got to leave, just get away / We all know the song...”, y tú cantabas, frenética, como si de golpe estuviéramos cuarenta años antes, en el mismo cuarto de estudiante atentos al disco de un cantante que era la mitad Clapton, la mitad Morrison y el resto una extravagante muestra de la *jüdische selbsthass*.

Ocho

Ven, mi amor, el amanecer de la historia sucederá cuando nos acabemos la noche.

Ven, necesito que me ames a contracorriente, que derribemos fantasmas, que hagamos el amor y por él la libertad. Ven, que no puedo estar sin ti, sin este fluir de la conciencia, sin estas manos que me tocan e incendian mejor que cualquier guitarra.

Ven, dijiste, pero no con palabras sino con un gesto, con un mirar de ojos.

Ven, dijo tu cuerpo y el mío se desprendió de su levedad, de su terco pensar en que apenas sobreviviríamos a tanto ensayo de ser libres, batallando contra la generación de los padres, el gobierno de la antigüedad, lo viejo y exangüe.

Ven, que urge que estés aquí, que mi cuerpo se quema, que mi cuerpo te necesita.

Y Neil tranquilo, con su enorme voz llenando nuestros delirios: “suddenly you find you’re out there, / Walking in a storm”; pero la tormenta no era de frío ni de desamor, sino de todas las urgencias del mundo.

Nueve

Sólo que al despertar, el amanecer de la historia se había demorado.

Salimos del cuarto y hacía un viento que helaba los pasillos de Ciudad Universitaria y te hizo tiritar. Todo está vacío, no hay papeles ni carteles ni siquiera manchas de sangre. Si algo pasó aquí nadie lo sabe ni recuerda. Comenzabas a perderte, por eso te tomé la mano y recorrimos los circuitos, los pasillos, las plazas, el aeropuerto de Filosofía y Letras. Estábamos tan solos que sentimos gran necesidad de afecto, por eso no nos soltamos de la mano.

Así, subimos las escaleras, recorrimos los pasillos, abrimos las puertas de los baños, pero el amanecer de la historia tampoco estaba aquí. Entramos a tu salón y me dijiste: “Mira, ahí es donde yo me siento”, pero el salón era tan vacío que parecía cárcel o manicomio.

¿Y el amanecer de la historia? Seguro se fue para el centro, o anda por Mascarones, o está cerca de Bucareli, pero no te lo dije porque no tenía fuerzas; de tanto desengaño lo único que tenía era una sensación pastosa en la boca y tuve miedo, pero no quise decírtelo porque hubieras muerto en ese instante.

La soledad de Ciudad Universitaria era aplastante. ¿Dónde están todos? ¿Por qué olvidaron sus pancartas, dónde dejaron sus consignas, dónde quedaron los libros de texto, el Marcuse subrayado, el Sartre con ficha de préstamo de la Biblioteca Central? ¿Por qué siguen letras de oropel que dicen Auditorio “Justo Sierra” si apenas ayer decidimos llamarlo Che Guevara? ¿Por qué no estamos brindando por la salud de la nueva revolución antiimperialista?

Y te respondía con apretones de mano que estabas mal, que no éramos de esta época sino de cincuenta años después, que todo lo demás eran referencias y que en realidad vivíamos una época incierta pero muy enclavada en el presente.

—No te creo, no es cierto, apenas ayer amanecimos declarando el amor libre, y marchamos en París y Praga, y leímos a todos los que se pueden leer. Descubrimos a Aimé Césaire, descubrimos a García Márquez, encontramos que la soledad de Latinoamérica es su sombra, su filo de navaja, su piedra de toque que desnuda la realidad mágica. Cómo me dices eso, amor mío, si apenas ayer tú y yo junto a toda una generación descubrimos que hay una música de las entrañas de América Latina que se inserta en la piel como tatuaje y desde la sangre hierve con su tam tam de bombo, con su lamento de cóndor, con su rasgueo de charanga salpicada de dic-taduras andinas.

—No, mi amor, eso es tiempo muerto.

Tus ojos rasgaban el espacio, y veías consignas, vanguardias, el llamado a hacer la guerrilla cultural.

—¿Dónde está el amanecer de la historia, mi vida?, ¿por qué no lo puedo ver?

—No lo sé, mi amor. Lamento decirlo, pero creo que murió en la madrugada.

Me apretaste la mano con una fuerza terrible. Lo más cruel era el vacío, el brutal peso de los miles de jóvenes que debían de estar ahí enfrente de nosotros pero que ahora habían desaparecido, que habían sido borrados del mapa. Somos de la época del desdén; pero hacemos el amor con la misma convicción de ser libres y de renovar todo, de no morir en el intento sino en la raya, en el último suspiro. Intentaba decirte eso y más pero tu mano era un garfio, te desbaratabas ahí a mi lado.

—Amor, no te pierdas en el tiempo. ¿No ves que apenas compartiste un video en Facebook?, ¿no ves que ahora tenemos celulares y modernidad, aplastante modernidad?

Te desataste la cinta de la cabeza, te quitaste las sandalias y aventaste el morral. “¿Entonces qué sentido tiene vestir así, reivindicar a la cultura originaria?”. Impávido vi que seguías aventando todo. “¿Para qué usar huipil si puedo tener una blusa de Zara que se importa de Madrid y se vende en todos los *malls* que ahora hay también en México?”. Te quitaste el sostén, la falda, los aretes, las pulseras, el pudor y la imaginación. “¿Por qué buscar el amanecer de la historia si una vez más ha quedado en falsedad?”. Y así, sólo en unos calzones minúsculos corríste por toda la explanada y tuve miedo de que en tu furor fueras a despeñarte o a incendiar la biblioteca; pero ibas corriendo casi desnuda, a lo lejos de hecho,

casi, porque los calzoncitos camuflaban tu piel. Corrí tras de ti, pero no podía alcanzarte porque estabas furiosa contra la Historia y yo en cambio pertenecía a ella. “¡Al diablo todo!”. Gritaste con tal fuerza que un edificio se desquebrajó.

Te alcancé cerca de Rectoría y desvencijada te echaste a mis brazos.

—No puede ser, mi amor, no puede ser que todo esto nos suceda —llorabas como una niña, moqueando y destruida tu confianza—. Nos vamos cuanto antes, nos vamos cuanto antes de este tiempo de mierda.

Diez

La noche siguiente ya estábamos en la TAPO, listos para salir rumbo a Teposcolula. Estabas serena, con la mirada fija en la enorme araña metálica que pende del domo. Una araña invertida, porque sus patas no alumbran, ni siquiera son formas abstractas, sino que es arácnido incrustado en la estructura, que de la nada se convierte en el domo que todo lo ve, en la media esfera del mundo patas arriba donde nos tocó vivir, destripado y condenado a ser decoración.

La serenidad te sentaba bien. Tu nariz no palpitaba, tus ojos estaban fijos, con las pupilas a medio abrir, las cejas sin arquear, la belleza toda en suspenso. Ya no traías tus faldas y huipiles sino un pantalón de mezclilla recto que te hacía ver como niño, pero no te dije nada.

Vagamente recordé la vez que salí de Iguala rumbo a la ciudad, cuando dejé de huir de mis tíos. Ahí pude contarte mi historia. Si lo hubiera hecho estoy seguro de que te habría animado.

Sin embargo, ya no podía decirte gran cosa sino disfrutar del silencio.

Once

Salimos a medianoche. Todo el camino fue en silencio, dormitando, sin buscar los ojos porque sabíamos que de encontrarlos todo quedaría anulado.

Llegamos a Teposcolula y de ahí seguimos viajando en camionetas y coches para llegar hasta San Bartolomé. El pueblo, enclavado en un declive que anunciaba la gran barranca del final, era hermoso: es hermoso.

Llegamos sin saber bien a bien por qué ahí y no en otro lugar, si era por su nombre, por su pequeña iglesia, por el renombre de su fiesta o porque era nuestro paraíso en la tierra.

Doce

O nuestro purgatorio.

Trece

—Somos dos músicos que buscan el pan honradamente, ¿no hay algún trabajo por aquí? —les dijo ella, con su sonrisa más resplandeciente.

Nos miraron con recelo. Con esa mirada penetrante que puede herir más eficazmente que una bala. Pero tener un cañón que te apunta directamente a la cabeza es una de las sensaciones más culeras que puede haber en la vida. Sentí un golpe en la nuca. ¿Mis tíos pudieron cruzar la sierra Madre?, ¿mi fama de asesino era más grande que mi fama de huapanguero? Luego nos echaron un silencio perruno que se desbarató con tu nueva sonrisa. *Suddenly you find you're out there*, ¿no? Neil Diamond no habría podido vivir en un pueblo, definitivamente.

—Y qué, ¿saben tocar de todo? —dijeron al fin. Respiré aliviado, la tranquilidad seguía de mi lado, campante. Te pueden apuntar con todos los cañones del mundo, pero también sabes cuando no existe fuerza que los vaya a disparar.

—Lo que se pueda, señor. Somos músicos de conservatorio, pero antes que nada somos músicos para el pueblo.

Volteé a ver el impacto que tendría esa respuesta tan falsa, pero entonces, los hombres del retén bajaron la guardia y desenfundaron una sonrisa transparente.

—Entonces quédense, mañana comienza la *vela*.

Catorce

Hombre y mujer llevan horas discutiendo. Comenzaron con la mortecina luz del atardecer y ya los envuelve la noche. Sólo de cuando en cuando la oscuridad se rompe por el fogonazo de un cigarro que resplandece como luciérnaga.

—Dice el maestro que éste tiene talento pa'la música —la mujer habla con voz cansadísima, arrastrando su propia corporeidad—. Me dijo que hay que llevarlo a estudiar a otro lugar donde pueda aprender más y le sirva de algo lo que sabe. Me dijo que te lo dijera, así, con las mismas palabras. Ya sé cómo eres, sólo cumplo lo que el maestro me pidió.

—Hmm...

—Sí, ya sé lo que piensas, pero por un ratito deja de hacerte el terco. ¿Y si el maestro tuviera razón y el chamaco es bueno pa

esto? ¿No sería bonito tener un músico en la familia? Mi bisabuelo Roberto tocaba el clarinete...

—...

—Bueno, bueno, sólo digo. Pero sería que lo pienses. Imagina que nuestro Adrián se vuelve famoso y luego regresa por nosotros y nos lleva a la ciudad y nos compra cosas y nos saca de pobres.

—Mmja.

—Bueno —la mujer ralentiza su emoción—. Es que me gusta soñar. No perderías nada...

—De música no se vive. Punto.

—Lo sé, siempre lo dices. Pero por qué no cumples parte de tus promesas. ¿Qué te cuesta ir a ver al maestro? En una de esas te convence.

—Uhm...

—Sólo dale oportunidad que te platique. Puede que tenga razón. En todo caso, si no lo vas a llevar a estudiar, ¿lo vas a condenar a estar jodido toda la vida como tú?, ¿nomás porque no te sale la música?

El hombre lanzó un escupitajo como respuesta.

—Anda, viejo, llévalo. Bueno, ve tú a ver al maestro. Puede que tenga razón.

—Estoy ocupado. No tengo tiempo para pendejadas.

—Pero al menos piénsalo. Quién no te dice que este niño te saca de pobre y tú echando a perder todo por tu indiferencia.

—Estoy ocupado. Ya te dije.

—¡Basta! Lo vas a llevar cuanto antes. Que tú nunca hayas podido alcanzar tu sueño no significa que debas joder a mi hijo.

Si Dios no quiso que tú fueras músico quizá es de él que Adrián lo consiga.

Quince

Cuando reaccioné mi mano estaba llena de sangre, pero es mentira que la sangre queme. La verdad es que tenía presente lo que decía mi madre: la sangre hierve, la sangre se hiela, la sangre marca a los que matan a los inocentes, como decía que dijo Pilatos a los judíos. Todo eso es mentira. Cuando más molesta, se adhiere a tus sentidos.

 Mi viejo estaba bocarriba. Y en silencio.

 El tajo fue tan preciso que sus gritos se ahogaron en un borbotón de sangre que se llevó para siempre la pretensión de que me subiera a los camiones a tocar por dinero.

 Mi padre se desangraba como los puercos. Y yo estaba como idiota viendo el charco de sangre renegrada que comenzaba a crecer como un océano, lento pero imparable; viendo la pastosa sangre que se me metía entre las uñas pero no podía moverme ni gritar.

Sangre de mi sangre. Pilatos debió de ser bien cabrón para arrojar el agua de su desahogo sobre la cabeza de los que exigían sangre y callarles el hocico de una buena vez. Háganlo ustedes, pendejos, no saben qué horrible es tener las manos embarradas de otra vida que no es la tuya.

Fue una pequeña eternidad la que me quedé paralizado. Luego crecí de golpe y me eché a correr por todo Cerro del Gallo hasta que mi niñez se deshizo como piel de víbora. Corrí por una avenida grande como mi nueva niñez grande y llegué corriendo a la terminal de la Estrella de Oro, convertido en un hombre de doce años, madurado no en los dos años y pico de estudio brutal con mi padre, sino en los pocos segundos que me llevó matarlo.

Mis tíos se enteraron hasta el tercer día y de inmediato comenzaron a cazarme. Casi lo logran en dos ocasiones, pero los hice bolas pasando del Estado de México a Morelos y luego perdiéndome nuevamente en la sierra de Guerrero por caminos tan impensables que me da miedo recordar. Todo provisional, porque más tardaba en llegar a una estancia o comunidad cuando la mancha abrazaba mis pasos con el rodamiento macabro del charco de sangre. Y entonces, de nuevo a correr. Mis tíos eran gente acostumbrada a no dejar pasar las afrentas; dicen que en su sombrero se colgaron una cinta negra más, no la del barbi-quejo que usamos los sureños sino una más densa, de duelo, de muerte. Juraron no quitársela hasta tasajear al mocoso que mató a su hermano, sin importarles que fuera su sobrino, o precisamente por eso, porque puedes matar a medio mundo pero no a tu propia raza, a tu mismo padre.

Al final me fui con mi abuelo Herminio, papá de mi mamá. No dijo nada pero evidentemente sabía que me había llegado la hora de vivir lo que es tan común en estas tierras.

—Está bueno, escuincle, ya te hiciste hombre y por la vía más fea que pueda haber; ni modo. Vete pa'l jacal y duerme con toda la calma del mundo. Mañana ya no debes tener miedo. Mañana empiezas a trabajar en el campo.

¿Me preguntas, amiguito, si a pesar de eso seguí tocando? Claro. Eso no se pudo acallar. Como nadie sabía mi historia hasta ahora que la cuento, nadie pudo hacer juicios ni decirme ingrato o delincuente.

¿Qué si Génesis la conoció? Eso tampoco voy a decirlo.

Dieciséis

Aunque comenzó a llover más o menos fuerte, el baile continuaba animado. Ya habían pasado las rondallas y ahora la banda estaba triunfal, metiéndole vibra a la fiesta de la Asunción, que aunque no es la patrona del pueblo de San Bartolomé convoca a la muchedumbre de toda la región. En medio de las parejas que escurren lo mismo el sudor que el deseo sin que se confundan ambas con la lluvia, te veo muy contenta bailando con un fulano de barba que está emocionadísimo de poder tocarte.

Te tomo del brazo y te jalo con fuerza.

—¿Y tu mascada?

Sabes a qué me refiero, pero haces una mueca. A pesar de que la lluvia ya está apretando, tu sonrisa tiene un furioso derroche de luz que lastima mi orgullo.

Te vuelves para seguir bailando con el de la barba. Los pasos son sencillos: se toman ambas manos y se mueve el cuerpo haciendo círculos cadenciosos. De lejos parece que se mueven como gansos, no hay ni un mínimo asomo de pasión en este baile, pero siento que la sangre, maldita palabra, me hierve.

—¿Por qué le sonríes hasta al más pinche gato de este lugar? —te reclamo con una furia tan descabellada que probablemente sea el enojo que en años no he podido expulsar.

—Son mis asuntos. No te importa lo que haga o deje de hacer.

Te tomo con mucha fuerza de la muñeca, sé que te voy a lastimar, pero apenas te inmutas. El de la barba me quiere reclamar algo pero lo ignoro. Que ni me toque porque soy capaz de destriparlo enfrente de todos. Te jalo hacia el atrio de la iglesita. La lluvia está apretando. Creo que la banda no va a terminar la pieza. En un momento todo se puede convertir en tragedia. Te jalo del brazo pero no es el frío del aguacero que ya irrumpe, sino que de pronto tu cuerpo es extraño, rígido, seco, helado como tumba. Estas fría, de ausencia y de corporalidad. Fría y delgada. Un pedazo de cartón expuesto al sereno de la noche.

Te reclamo todo lo insignificante y nada de lo realmente valioso. Te suelto un discurso sobre los ideales, sobre la sociedad, sobre la revolución y otras cosas.

—¿Crees que en verdad conoces la miseria? ¿En serio? Pues no sabes nada de la vida, nada, ni un poquito. Te voy a contar algo que ojalá te haga pensar las cosas dos veces antes de hablar.

Mientras te cuento la mierda que me ha dado pulpa, tu hermosa cara se descompone. No me respondes, pero de estar hecha una furia ahora sólo se te ve el coraje y la impotencia. No me

importa que sean por ti, por mí o por guardar las apariencias de este bendito pueblo que nos tocó para vivir nuestro purgatorio. Ya comencé y aunque fui capaz de pedirle a la misma patrona de la Asunción que nunca llegara el día, ahora no puedo parar por nada del mundo, ni siquiera por el aguacero que te cae dentro del alma. El de afuera ya es tupido; la banda, las parejas, todos buscan un refugio. A partir de ahora tú y yo hemos perdido cualquier techo.

—Joven —me interrumpe un viejo que está a nuestro lado—, ¿no ve que este lugar es de respeto? Por amor de Dios, deje de estar gritando, compórtense, por favor.

Pongo cara de fastidio y hago un movimiento de manos para callarlo. Sé que te mueres de pena, sé que me estás odiando y aunque es un gravísimo error estar diciendo todas mis porquerías, sé que si me callo en este momento aún podrás perdonarme y abrazados podemos ver cómo cae el aguacero. Si me callo ahora mismo todo será un sueño, mañana mismo estaremos pensando en levantar una casa de ladrillos bien bonita con un jardín de astromelias.

—¡Por favor! —me grita el viejo—. Ésta es una iglesia. ¡Guarden respeto! ¡Cállense antes de que los corra!

Entonces caigo en la cuenta de que sí, estamos en la iglesia, que afuera ya hay un vendaval por el enésimo huracán que azota al pueblo, que se llevará diluidas la confianza en el presente, la seguridad de una casa e incluso nuestro iluso jardín de astromelias. En un segundo se puede perder todo el patrimonio, e incluso la vida. No me creas, yo mismo sé que eso aplica para nosotros. Puedo perderte para siempre, pero no me importa; me tienes que escuchar completo. Todos los de la iglesia son viejos, arrugados, la muerte comienza a cebarse en su morbilidad. Y yo que soy un

joven aspirante a ingeniero puedo doblarles la agonía si en lugar de recriminarme los gritos tuvieran la fineza de escuchar todo lo que te digo.

—Perdóname —te lo digo sinceramente, pero aún estoy visceral, aún no me repongo de lo que hemos vivido, de tus reacciones, de mi propia impasibilidad ante tanto odio, ante todos los recuerdos que explotaron juntos.

Justo en eso la rueda de la fortuna se desvencijó y comenzó a rodar. Hay un griterío horrible que llena a la iglesia de gran temor, de esa sensación colectiva del fin, del término. Yo lo he vivido en carne propia, ¡qué me van a contar! El fin del mundo no va a ser tan trágico como esos cinco segundos en que sientes que ha llegado tu punto final. Irrevocable.

Las viejas comienzan a llorar y a rezar.

—Perdóname.

Salgo corriendo de la iglesia. Corro sin importar que el camino sea oscuro, áspero, que esté tachonado de piedras que hieren mis pies. Entre los goterones de agua medio escucho que las mujeres me gritan que regrese, que estoy loco, que no deje a la muchacha.

¿Dónde estoy?, ¿por qué tengo que correr?, ¿por qué no puedo parar de correr? Pero mis zancadas son cada vez más lentas. Mientras más corro mis pasos son menos eficientes y para dar la otra zancada tengo que sobreponerme a un peso angustiante que engarrotta mi voluntad. Yo quiero ir más rápido, por supuesto, pero no puedo, dar un paso es como caminar en arena, y sin embargo tengo que salir cuanto antes de esta atmósfera opresiva porque siento que de quedarme moriré en el acto.

Corro en esa densidad hasta que se hace insuperable. La tierra, la arena, lo que fuera me atrapa con sus grillos y cadenas. Pronto me impide avanzar. Por más que me esfuerzo subiendo mis piernas a lo alto, me veo envuelto en una densidad terrible. Voy a morir ahogado y no puedo evitarlo. La tierra vuelve a tragarme, vuelve a abrir sus fauces para trocarme, deshecho, por una energía luminosa.

Pienso en ti, mi amor; pero debo reconocer que también y sobre todo en el Negro Huitrón, quien a estas horas ya estará cantando su propia versión libre de “Rogaciano el huapanguero”. *Al menos te voy a servir de discípulo, de lazarillo y de bastón en el otro mundo*, pienso patéticamente mientras la tierra cae sobre mi cuerpo.

Luego todo se hace oscuridad.

Diecisiete

Viajamos a San Bartolomé, ahora lo entiendo, para encontrarnos a nosotros mismos.

Mientras dabas clases a unos niños, yo me iba afuera del pueblo a entonar la jarana, te decía; pero en realidad iba a sepultar en medio de las piedras el pesado fardo de la memoria, de todos los movimientos en los que he estado, de todas las generaciones que he visto morir en la raya por sueños que son quimeras. Viaje aséptico, no más.

De modo que temprano por la mañana recorría un camino de árboles que era un mar verdoso, pero mar quieto, petrificado por el paso del viento. Me hice amigo de varios lugareños, les ayudaba, no voy a negarlo, pero más que por convicción porque en cada faena destruía parte de esa conciencia negruzca del pasado.

Tú en cambio te reconstruías en tus sueños más amados. Aprendiste a hilar, a echar tortillas, a cargar niños por la cintura, a bordar flores en punto de cruz. “¿Y todo eso para qué te va a servir?”, te decía riendo pero me callabas con un gesto. Las indias te seguían como imán, sin comprender por qué de la nada se les aparecía una mestiza hermosa para vivir como ellas y para compartirles un poco de la semántica gélida de Ciudad de México. “¿Y eso para qué les va a servir a ellas?”, te volvía a decir, ligeramente escandalizado de que les regalaras boletos del metro y les hablaras de las tiendas de moda. Pero más que a las mujeres, a los que en verdad les dejaste algo valioso fue a los niños, que en tu voz descubrieron que los cuentos del compadre conejo también existían en otros países. Y a fin de cuentas música; los llevaste de la mano por cuantas canciones se hayan escrito para los niños, conectándolos de inmediato a una república donde no existían matarifes ni despertares brutales sino asombrosos. “Cuéntanos”, te decían, y les hablaste de los elevadores, de los pisos tan altos como troncos de ceiba; del metro, que serpentea como gusano debajo de la ciudad, y del esmog, una nube parecida a la *dizache* de sus abuelos zapotecas, que al respirarla hace que te enfermes y te conviertas en polvo. Les enseñaste a Marta Gómez y sintieron algo muy parecido a volar cuando escucharon “La ronda”.

Cuando los hombres del retén nos llevaron al pueblo y nos presentaron como músicos errantes “que tocan para el pueblo”, nos dieron algo así como su legitimidad. A la vela siguió la misa del domingo y tuvimos que improvisar un canto para el introito, pensando que fue gran error no haber estudiado a fondo la música clásica; pero luego de un frustrado intento de tocar una misa

mozartiana terminamos haciendo nuestra propia misa panamericana, con una jarana y un *cavaquinho*. El pueblo, eufórico, nos abrió entonces las puertas de sus casas y no nos faltó en adelante cobijo, taco y un petate para poder estar juntos.

Fueron días límpidos, días de sonrisa, de cielos abiertos.

Dieciocho

Con mi abuelo Herminio aprendí a cosechar frijol. Parece mentira que sea tan complicado. Te metes en la milpa, jalas las vainas, cuidas de no desgranarlas y no debes perder el tiempo con tonterías. Pero sucede que todo el frijolar es una belleza de metáforas y tu mente anda de arriba abajo construyéndose mundos de todo tipo. “¿Qué piensas, hijito?”, me decía el abuelo. Yo simplemente lo escuchaba, desde esa primera lección de que se debe sembrar revolviendo las semillas para que los colores compitan entre sí; de que hay frijoles cuya cabeza tiene nombres de flor, otros con figuras de serpiente, algunos más absolutamente antropomorfos... Las garrapatas y las vaquitas corrían a mi lado pero no decía nada, sólo oía. Porque luego el abuelo me enseñó que la cosecha es como un batir de espadas, una esgrima.

—Porque la vaina del frijol es un machete de gavilán muy afilado que pende de la guía. Tú vas a atacarlo y él se defenderá, hijito; pero ¡abusado!, te está diciendo que no le vayas a partir la madre, y si eres terco te rasgará las yemas.

Veía los dedos arrugados, de uñas potentes y duras doblegar los machetes de gavilán.

—¡Fíjate! Sí, el frijolar es toda una poética y una filosofía. La vaina se resiste a ser decapitada de su raíz madre, y a veces, antes de que puedas meterla en tu costal, decide explotar y arrojar como último recurso sus semillas al suelo, para que fecunden en libertad, y los frijoles caen a la tierra como gajos de naranja. Nunca puedes recuperar un frijol que se ha enterrado por él mismo en la tierra.

Aprendí a sembrar maíz, frijol, desde luego, a cultivar habas, a tostar el café. Tardas pero a fin de cuentas aprendes; el mismo tiempo que te lleva asimilar que en tus dedos corre la sangre de un inocente, aunque sea una vaina o tu mismo padre.

El corte de frijol se paga por destajo, y si quieres comer debes llenar tus dos buenos costales. Pero he ahí la última jugada maestra de la leguminosa, porque por más que quieras echar vainas, el costal siempre ha de parecer vacío.

Por más que te escondas en la barranca, la verdad te alcanza silenciosamente.

Diecinueve

Fue en medio del frijolar donde se aparecieron aquellos hombres. Apenas tres. A diferencia de la gente de Efraín, que eran caras vacías, éstas eran caras exhaustas.

—Viejo, danos un taco —le suplicó el más joven. Sus botas estaban destruidas, su ropa rasgada olía a mierda; pero daba confianza.

Mi abuelo no les dijo nada, pero tampoco fue avaro con ellos. Los sacó, eso sí me percaté, de la parte descubierta de la parcela, atrayéndolos a un huerto de mango tan espeso que parecía cueva. No los dejó sentarse, antes bien los despidió pronto y regresó al surco con gran aprensión.

Cuando se fueron, como los perros cuando son regañados, mi abuelo me atrajo hacia sí.

—Ya te chingaste a un hombre, hijo. No vayas a regarla más yéndote con éstos.

—¿Y éstos quiénes son? —le pregunté con mi cara de niño.

—Nadie. No tienen nombre. Su lucha está perdida.

Y siguió jaloneando las vainas como si en ellas quisiera redimirlos.

Veinte

Una tarde, Génesis y yo estábamos limpiando la casita cuando nos llamaron medio en secreto los jóvenes de San Bartolomé.

—¿Quisieran ir a un fandango? —dijeron con voz entrecortada, como si estuvieran revelando un secreto celosamente guardado al par de extranjeros que quien quite venían a su guerra florida y a su guerra de conquista de ultramar.

Nos callamos que yo era el rey de la jarana y que tú eras mi mujer.

No toqué sino con mucha pena, haciéndome el que no entendía de esas cosas, equivocando la nota, perdiéndome en la altura, o rasgueando con una impericia que me costó mucho fingir. Me excusabas diciendo que más que nada nosotros sabíamos puros sonos de Veracruz y que el estilo de por acá me confundía. Los

jóvenes rieron, compadecidos de nuestra ineptitud; pero al rato, bien entrada la madrugada, ya no podía refrenarme y les aticé con todas mis ganas el alma de la jarana.

¿Se dieron cuenta? No. Ya no importaba, ya estábamos adentro del círculo mágico. Y tu falda recién bordada que llevabas en la mochila la sacaste para fundirte en ella, para entrar en los giros del universo.

Tu falda
una red tirada al cielo
para pescar luz.

Cuando te hice segunda ya nada existía, porque el mundo había llegado a su disolución, a la negación de sí mismo reconociéndose en todos los que bailábamos.

El mundo se destruyó, pero sus habitantes, impávidos, no se dieron cuenta de que ese instante terrible y efímero era el signo de la eternidad.

Veintiuno

Duró su buen tiempo la bienaventuranza. Te habías ganado a las mujeres, quienes te pedían consejo y de quienes ibas a aprender la fortaleza para nunca doblarte ni con el rayo.

Nos dieron una casita a la salida del pueblo, muy cerca de la barranca. Me puse a aderezarla con barro para que no se colara el frío y se enamorara de tu cadera. La pinté con cal y te construí una escalera para que ahí pusieras tus flores.

—¿Pero cómo es que sabes hacer todo esto? —me preguntabas sonriendo, incrédula de que el rey de la jarana supiera de casas, de campo, de leer las estrellas y de enamorarte en medio de la nada.

—Porque yo soy como tú, de la tierra.

Y venías a besarme, acaso contenta de que ya fuéramos pareciendo una excelente pareja de esposos rurales, porque ya sabías

echar el tlecuil y hacer atole, y yo ya no requería del despertador para saber que la estrella anunciaba la hora de ir a trabajar. Ya no intentaste cargar la batería del celular.

Llegaban los demás y me iba con ellos, rebaño de gente luchona y feliz en su esperanza de que este año, pese a todo, sería mejor. Salías por la puerta a hacerme adiós, diciéndome que me llevarías el almuerzo a las once, a la milpa... y los hombres ya no sonreían, porque yo ya era uno de ellos y me respetaban.

Caminaba con ellos, era feliz porque no pensaba en el pasado ni en el porvenir. Dejaba que el machete me colgara en las rodillas, porque así lo usaba mi abuelo Herminio, y todo el tiempo pensaba en ti. Primero me apodaron el Enculado y luego sólo me decían Vale. Ni música ni poesía ni pena o culpa. Sólo el camino de mar verdoso, la milpa creciendo y la hermosa claridad de los cerros en la lejanía.

¿Qué sientes de estar aquí, mi cielo?, ¿ya aprendiste la lección?, ¿te has dado cuenta de que la revolución la hace uno eternamente, desde su propia vida? Luego, cuando ya me tenía que quebrar en el surco imaginaba el triángulo isósceles, montado y moviente debajo de tu ombligo.

Esto es como con mi abuelo Herminio, pensaba, pero movía la cabeza para negarlo, para ir anulando los significantes de mi nueva vida.

Luego ya no pensaba, porque si enfrente teníamos la vida en plenitud lo que en verdad me importaba cuidar era que mi amada siguiera estando dentro de la belleza. Sus abrazos abarcaban mi ser como las noches y me sentaba en una caja de madera a fumar

tranquilamente, haciendo el recuento de nuestra vida, aquí en este pueblo, que de ser una aventura comenzaba a parecer la realidad.

Ya no había que pensar en la ciudad que dejamos, ni en mi historia de huidas y resplandores de navaja. Ya no teníamos origen definido, sino solamente un presente largo y perfectible, aquí y ahora.

Así comienza el desfile de otras imágenes que tampoco se borran aunque quisiera. Sus flamboyanes, tabachines, el huelle de noche y las calles llenas de polvo. Las niñas que bailan sonos como si fueran gansos moviendo sus alas con delicadeza; niños que usan huaraches y se parecen al hijo que, pese a todo, un día voy a tener.

Es la imagen persistente de San Bartolomé, donde la vida va sin prisas y donde la ciudad tan sólo es un lugar de acción pero no un destino.

Veintidós

Ahora no sé si ya estuvimos ahí o si estamos preparando ese viaje. Ya no sé si fue sueño o realidad. Si llegamos o venimos. Si vamos a llegar un día o si el viaje se aplaza hasta el infinito.

¿Fue real? ¿Íbamos a cenar? De cualquier modo sólo hay una certeza: hacía frío. Ibas desaliñada, con *pants* y sudadera. Hacía mucho frío, tanto que tu nariz se puso roja.

San Bartolomé fue lugar de paz y confianza. Fue el espacio necesario para volcar todo lo que traíamos en mente respecto a la relación, aportando cada quien su cuota de sentimientos, sus tributos al futuro día a día: comprar dulces, ir a la tienda, estar sentados en la banqueta o caminar por la avenida principal... cualquiera lo hace, ¿no? Pero resulta que no éramos cualquiera, sino unos enamorados sentados cerca de la plaza del pueblo.

Y por esa realidad tan al alcance de la mano dominabas la calle, reías, me lanzabas miradas y provocaciones. Si te llegaste a enojar fue más porque así eras: una mujer sencilla y sin tomarse la vida demasiado en serio, conmovida y enamorada. Ir abrazados por las calles de ese pueblo es una imagen imborrable que vence la crudeza de la razón.

En San Bartolomé, además de la locura, de planear escapes que iban desbordando la necesidad de estar, sucedieron cosas, de tan inverosímiles, mágicas. La entrega, el deseo crepitando bajo la sombra de los cuajinicuiles, el llanto, el juego de las mil caras, la reinención.

Pero todo puede resumirse en el día que nos llevamos a unos niños a una posada. ¿Quiénes eran?, ¿por qué a ellos? No importa. Fuiste una madre joven, una madre que olvida los compromisos sociales y disfruta, al más puro estilo de las jovencitas de los pueblos, de la música y las bolsas de dulces de la colación.

Ese día regresamos tarde, con un frío tan sorprendente que tuvimos que ir abrazados. A la distancia, los niños corrían a lo largo de la noche, iluminada de naranja, como la luz de mis sueños a las tres de la mañana.

Veintitrés

Hubiéramos seguido así. Tan sólo era dejar de pensar y enterrar en la profundidad del ser el impulso de estar huyendo. Pero incluso ahí mismo huíamos: sombras que corren de sus cuerpos para fundirse en la noche de su deseo.

Veinticuatro

El fandango lo organizó Susana *la Turca*, una mujer de apariencia exorbitante, robusta en lo carnoso, firme en la inconmensurabilidad, como si de su vientre hubieran salido todos los hombres que pueblan el mundo, incluyendo hijos, descendencia y enemigos acérrimos.

La mujer dominaba el convite. Llevaba, ponía las cosas en su lugar. Y cuando nos vio entrar nos clavó en la poza de sus ojos de becerra. Dejó que pasara el tiempo, que pareciera que nos había olvidado; pero con ligereza extraordinaria nos alcanzó en la salida y te puso la mano en el vientre, sonriendo con esa malicia que en algunas regiones es señal de la más absoluta seriedad.

Sólo que Susana *la Turca* te había tocado por encima de la falda y yo ahora recorría tu cuerpo, así, sin complicaciones, sin referencias.

—¿Ya conociste a esta niña, verdad? —me dijo con una sonrisa en la que cabían todas las confidencias, los secretos y las penas de la humanidad.

Pero no dije nada, no me lo hubiera permitido. Sin esperar un gesto, se lanzó a lo que tenía que decir.

—¿Sabes cuál es la obligación de un hombre con su mujer? ¿No? Fácil: honrar la desnudez. Porque cuando su mujer se queda en cueros frente de él dejan de existir secretos entre la pareja, o mejor, de ahora en adelante los secretos sólo caben en lo que la desnudez dejó ver.

Me detuve en tu ombligo, en tus huesos, en ese fino pelambre que tampoco podía ocultar mis miedos y mi pasado.

—¡Ay, muchachos! Bendita juventud. Si yo tuviera un par de años menos, chamaca, te juro que te quitaría al novio.

Te besé de principio a fin, con parsimonia, sin pensar más en esas ridículas comparaciones a la guitarra de Balthus.

¿Por qué no nos ayudaste a seguir creyendo en lo imposible, Susana *la Turca*?

—Cuídense, muchachos. Vivan la vida como si ésta fuera la última vez.

Salimos del fandango con la frialdad de la madrugada.

Te tiré sobre un terreno barbechado.

Te besé con una furia sosegada, como el carbonero echa leños para que no muera la pavesa. Para que el fuego permanezca.

—Gracias, señora, les estamos muy agradecidos —dijiste—. Este pueblo es nuestro paraíso.

Tus piernas se acomodaron en el lomo del barbecho. Con tus labios mordiste la punta de mi nariz, luego mis orejas, mis pómulos, el cuello

la espiral que se concentra hasta la raíz del hombre.

—¡Ja, ja, ja! No, muchacha. Si ya conociste el paraíso no te conformes con jardincitos. ¡Cuidense!

Hacía frío, y la tierra olía a humedad,
al fresco alumbre de lo fértil.

Doblamos con cuidado tu falda nueva, la campana,
la flor de magnolia para el baile.

Te la acomodaste de tal forma que el forro quedó besando
la tierra

y tu espalda erizando de frío el suave bordado de cruz.

Ya sólo soy tierra

soy semilla

soy el bastón sembrador

soy el amor y mi mujer me corresponde.

Veinticinco

Porque el amor ya lo llevan en su sangre, y por su sangre se hará delirio, así que deben apagarlo antes de que sea consumido por el espacio.

Llevan el amor en las yemas de sus dedos, en las puntas de sus lanzas, en el corazón flechado de la piedra de los sacrificios. El amor les llegará como la montaña donde las piedras aplastan tu corazón, como viento navaja que separa el frío de las manos.

Llevan el amor en su herida abierta, vertical sin cicatriz. En sus esponjas que crecen pegadas a las piernas pero merman en sus muslos: son espacios que si no conoces es mejor no destapar nunca.

Llevan, amiguitos, el amor; pero sólo hasta que lo conozcan pueden presumirlo.

Cuando desperté, el barbecho tenía marcada la forma de tu peso. Mi cuerpo me supo al tuyo y, extrañamente, ambos sabían a tierra mojada.

Tercera parte

Uno

Mis pies me duelen, mis piernas me arden del frío y el andar. Voy en una yegua tan flaca que da lástima; pero si me bajo mis pies no resistirían, hasta los dedos sangran. Uñas ya no tengo.

Todo tintinea en este camino empedrado, comenzando por los escuálidos cuartos traseros de la yegua, después los cinchos, las empuñaduras del arado y la reja colgando del lado izquierdo parecen seguir la triste melodía. El freno resalta como garfio en la ajada montura de cuero.

Todo tintinea. Hasta el final las herraduras repiquetean macabramente y el camino de tan largo me parece infinito. Creo que hasta yo mismo estoy vibrando, como si no tuviera huesos sino limadura de cobre y en lugar de sangre mis venas llevaran mercurio.

La vista me arde.

El alma está muerta.

Vengo de la guerra, es cierto; pero no es para tanto.

Sucedió rápido, apenas puedo rememorarlo. Los guachos me alcanzaron con un balazo de M1 y una esquirla del *xihucoatl* se llevó a mi montura. Abandoné a la brigada, dejé mi avanzada y me eché a correr tan rápido como pude, esquivando balazos, saltando trincheras, huyendo de los perros que te avientan para otear tu huida.

En un páramo alcancé a un viejo campesino que iba a barbechar su milpa.

—¡Eh, viejo! Hazme una caridad y llévame en tu yegua.

Para convencerlo de que no era narco le dije que no era guerrillero sino un normalista, apenas un mero aprendiz de músico.

—Entonces monta —me dijo el hombre—. Yo también quería ser músico y nunca aprendí la nota.

En la zanja de una barranca tiré mi fusil y ya no llevo documentos comprometedores. Sólo una carta llena de amor y mis poemas que hablan de jacarandas, café humeante y bragas de mujer.

Más lejos, pero no tanto, en un ángulo muy forzado para la vista —considerar que la calle es inclinada y que no se puede capturar todo de un solo momento—, mi tío, recién llegado del campo, con el machete de gavilán en la parte trasera del cinturón, se asoma por la puerta. Acaso me ha olfateado con su rabia de sabueso, acaso siente que ahora sí va a tasajearme de lo lindo.

Sólo recuerdo eso. Las imágenes me llegan como enviones del pasado, pero tienen que atravesar un camino de penumbras espeso y oscuro. De vez en vez la luz se cuela y puedo ver como a través de una ventana.

Colores acaso.

¿Colores?

¿No serán sombras de colores?

Dos

Desmonto y entro a un lugar inundado de rojo, no sólo en su luz como en su densidad.

—¿Pero qué coño hacés vos sin el instrumento? —me grita un hombre viejo, con barba de chivo. ¿Acaso es el Diablo que viene a cobrarme la afrenta que le puse en Tierra Caliente? Pero no es el Diablo, sino un compañero de Nicaragua, de Tuxtla, de algún lugar incierto en donde hablan con variante y remarcan el vos.

—No lo sé. Yo sólo soy un estudiante.

Enfadado, el chivo me hace pasar a una trastienda donde hay todo tipo de guitarras y de sacos. Elijo uno color vino, tan rojo que parece sangre, sólo que la sangre en la ropa tiende a diluirse con filamentos amarillos que ensalzan la desgracia.

Comienzo a tocar un *blues* viejísimo que aprendí en sueños, “Shake your moneymaker”, de Elmore James. Nada mal, el grupo se ensambla a la perfección.

Luego me desbando.

Estoy tocando tan bien que me doy miedo, porque recuerdo que soy un músico de la sierra y ahora estoy haciendo como si fuera un maldito John Lee Hooker, y repaso las enseñanzas de los viejos maestros para colocarme en la cima de este concierto.

—¿Vos, quién eres? —me dice el chivo viéndome de reajo.

La multitud se enciende. Nadie entiende a un músico hasta que no vive lo que es estar frente a un público eufórico que te pide más, que te exige entrega. Me paso al frente del escenario. Todo es tan vivo, tan fuerte, que aquí podría quedarme para siempre. Aquí no debo seguir huyendo. Primero siento las cuerdas en las yemas como toques eléctricos y en un segundo ya sólo siento un nudo en la boca del estómago que al irse diluyendo se convierte en levedad, pura evanescencia. Yo sólo soy estudiante. La música, bendita música, me libera de mí mismo. Podría volar si quisiera, podría aplastar a la multitud y de todos modos seguiría eufórica pidiéndome más y más aunque, cierto, entregándoseme toda. No hay droga tan fuerte como eso, te quita el hambre, el sueño, te hace sentir inmune inclusive de tus propios demonios. Arrojé la guitarra y la gente, embravecida, me regresó un grito de placer tan inmenso que ahogó todas mis intenciones.

Me aturdí. Caí desmayado aunque los compañeros de la banda seguían de largo con una pieza más cercana al rock de mis mayores, algo entre Bob Dylan y Eric Clapton, tan aburrido y lento que no concordaba con la euforia que despertaba.

Nunca desperté. Fui soldado, fui guerrero, fui amante. Soy estudiante; un día voy a ser un ingeniero famoso. Soy músico, soy John Lee Hooker, Jimmy Page, Brian Jones, David Gilmour, Jimmy Hendrix... Soy el mero reata de la jarana, y ahora no soy nadie.

Tres

Hijito mío, no sueñes. No cierres los ojos. ¡Por favor! ¡Despierta!

Los sueños se deslizan como culebras en tu conciencia. Resbalan, succionan, se roban los huevos de la memoria y sin embargo son las embajadoras de la sabiduría.

¿Me escuchas?

Los sueños tienen lengua bífida y sisean en espiral, te llevan hasta el núcleo de sus escamas: te raspan silbantes, su baba te limpia.

¡Despierta! ¡No te mueras!

Cuando más seguro estás abren las fauces, aprietan el cuerpo y antes de que mueras ahogado te han marcado con su mordedura.

Las víboras no sueñan, pero igual son sabias, y tú, pendejo, estás perdido en su recuerdo...

Cuatro

Veo insistentemente a la yegua. No es del campesino que quería ser músico, era *nuestra* montura. Le decíamos la Chirimoya por una broma que ahora he olvidado; era vieja, acaso menos de lo que debería aparentar, pero en mi pueblo todo envejecía a velocidad sorprendente por efecto de las desgracias, los caciques y las pendejadas de la gente.

La Chirimoya se sabe el camino de memoria, podría andar a ciegas y por eso le suelto la rienda. Ahora enfila a la casa de mi abuelo Herminio y se va por el machero, oliendo la majada fresca y el zacate que debí de cortar antier. Pero no es posible, ¡ayer estaba en una zanja dándome en la madre con los del ejército! ¿Cómo es que estoy aquí, sano y salvo? ¿Ayer, no estaba con Génesis en su cama?

¿Qué sucedió? A ver. Íbamos en un sendero, al filo de una barranca espantosa, muy seguros de que la emboscada, si sucedía, demoraría horas de logística, algo que los enemigos no acaban de perfeccionar. Cautelosos, pero confiados por el conocimiento del terreno, nos metimos a una brecha amplia, más cerca del terraplén, y de pronto, cuando sentíamos la confianza de nuestro lado nos sale en el recodo una camioneta de doble cabina, con unas letras pintadas a mano en las portezuelas y en los parabrisas:

—¡A ver, hijos de la chingada, si se creen muy machitos aguanten vara contra éstos! —nos gritó uno de los guachos que le servía de escolta.

Los de la camioneta, igual que nosotros, usan huaraches, pero su armamento es feroz y tienen mirada perdida. Disparan sin piedad, sin importarles que el parque se agote en una ráfaga. No tienen blancos precisos, le tiran a *todo* lo que se mueva y además, como si fuéramos máquinas y no animales, nos avientan granadas a rabiar. No tienen voz, cuando aparecen el aire se electriza. Su lengua es el repiqueteo de los casquillos.

—¡Son los narcos! —me grita un compañero preso de terror—. ¡Son los narcos, Filo! —y el muchachito comienza a mearse de miedo.

Me aferro a la carabina y entonces pienso en ti, en tu boca enorme con dientes perfectos, en tus labios color durazno y a veces con un rojo que más pareciera sangre que *lipstick*.

Me voy a morir en la línea, mi amor, pero te amo, siempre te voy a amar.

Cinco

La oscuridad no se aprecia si no hay una luz blanquecina delimitando el corazón de las tinieblas. Te metes a la oscuridad; si la luz te da al fondo descubres que es muy relativa, que puedes abrir la densidad y guiar tus pasos entre las sombras.

Luego, cuando ya vas caminando en las tinieblas, cae como tumba la oscuridad y todo es incognoscible. Mueves los brazos nadando en una superficie más negra que las pesadillas, te caes, ruedas por el piso. No sabes qué pasa, sólo sientes. Sólo te dueles y chillas. Los dientes caen, las patadas muelen tus costillas y tejidos; apenas un segundo antes de que duelan ya te han cortado y rebanado los huesos. Apenas eres consciente del dolor y ya estás desmayado.

Ahí, justo ahí, salen los perros. Ladran enfurecidos, más demonios que animales. Estás paralizado, pero no hay modo de volver los pasos, la oscuridad es impenetrable.

En un desesperado recurso te haces ovillo. Te haces feto, vuelves al vientre de tu madre pero ella se duele de una contracción y te expulsa diciéndote que ya no hay manera de que sigas medrando en sus entrañas, útero tan hinchado ya imposible de imaginar.

Sales encogido y vuelves a tirarte, bocabajo, como dice el manual, pero no es la ciudad sino el campo y todo es hermoso aunque no se pueda ver que la belleza sostiene una horrible mascarada.

Cuando intentas incorporarte un grito te regresa.

—¡Baja la cabeza, hijo de la chingada!

Y el ruido te aturde; no sabes qué sucede, dónde estás, si es un sueño o una fantasía. Sólo ves que la oscuridad se disipa porque una neblina que es al mismo tiempo humedad y frío, humo y ahogo, se dispersa por el monte.

—¡Filogonio, lánzate hasta la línea de corte y tírale una granada al jeep que pase!

Obedezco.

Corro hasta la línea, me acurruco en una saliente del monte y espero. Como la negra, que es nota de silencio. Espero. Cada minuto se prolonga en la eternidad, se vuelve pastosa, inabarcable. Espero. Espero que la Chirimoya se acabe el balde de agua que hay que ponerle cuando regresa del campo, que se aflojen sus cinchos antes de meterla al machero, que se tome un descanso el peón que se quiebra en el surco. Espero. El momento que dura la indecisión de dar o no dar un beso, de darse la vuelta o regresar, de subirse

a codazos a un metro o dejar que llegue un tren un poco menos atascado.

Pero el jeep tarda. La jungla se lo habrá devorado, como a todo lo que cae en ella. Se habrá atorado en un cable que tensamos, se habrán rajado los guachos de saber que por enésima vez la sierra está en bronca.

Sobrevuela un helicóptero.

Espero.

Respiro con profundidad, sobando el fusil, agarrando la granada que ha de explotar todo lo que alcance.

Pienso en que no debo pensar. Ni en las aulas ni en los silabarios, ni en los círculos de debate ni en el fallido boteo que hicimos cerca de Iguala.

Pienso en que fui niño después de todo, en que fui a la escuela, en que conocí a un fulano que nos metió ideas, que nos hizo ir a la reunión, que sin darme cuenta estoy metido hasta el hueso en esto. Que he conocido en verdad al Diablo.

—¡Ya van pasando, Filo!, ¡rómpeles la madre!

Por instinto aviento la granada y explota antes. De cuajo arranca la salpicadera del vehículo, un jeep tan viejo que Vietnam no fue su primer campo de batalla. El soldado que iba en el trasero, un prieto como yo que apretaba las mandíbulas para no cagarse de miedo, quedó partido en dos; su cabeza alcanzó una altura sorprendentemente grotesca. Luego quedó colgado en las espinas de una ceiba en flor.

La guerra no es lo que se piensa, porque ésta no se puede pensar. Es tan atroz que no existen palabras más que ésta, terrible como sordina: guerra, guerra, guerreros, guerrilleros, guerrear, guerrera...

variantes todas de la misma ruindad. ¡Qué jodido destino el de mi tierra que también comparte esa raíz infame!

Seis

Cuando me incorporo estamos subiendo el monte. Mis oídos revientan de dolor y me siento desorientado, pero urge subir más, remontar la última calle pavimentada, dejar atrás la ciudad y huir, sin oponernos a los árboles, a las zarzas o a unas barricadas que están ahí desde la época de Juan Álvarez. Siento que me ahogo pero no puedo parar. “¡Síguele, Filo, que nos dan en la madre!”. Y me arrastran en un tropel que me cansa. Quiero decirles que me dejen, que ya no aguanto, que me dejen morir como los árboles; pero no me oyen, me jalen de los pelos, de la chamarra, me arrancan de la tierra a la que quiero ofrendarme.

Al fin alcanzamos la cima.

Todo está nublado; la humedad aplasta a la distancia una franja de luz que se esfuerza en no desaparecer, en no morir aplastada

de terror. “Es la lluvia, no seas pendejo”, me reconviene uno de los mayores. Pero no es un banco de nubes, no es la condensación del frío y la humedad; es el eterno dilema entre la vida y la muerte, entre la luz y las sombras.

Siete

Me desafano.

¡Filo! ¡Filo!

Sólo alcanzo a escuchar murmullos, porque mi alma urge a salirme de ahí, del infecto monte lleno de neblina. Alcanzo la barranca, sólo me separan unos pasos, sólo basta que tire el fusil, que me aviente sin pensar en la caída.

¡Filo!

¡Filo!

Y cuando intentan agarrarme ya emprendí el vuelo sobre la cañada sin que nada pueda detenerme.

Ocho

¿Qué pasó? A ver. Salí del barranco con mucho esfuerzo, arrastrando las piernas que quedaron destrozadas desde que me echaron en la caja de la patrulla. Me colgué de un árbol para alcanzar la saliente de una piedra. Caí en dos intentos y al tercero ya pude sostenerme con algo de dignidad.

Salí hecho guiñapos, aterido, más muerto que vivo. Caminé desde las cuatro de la mañana hasta las nueve sólo para alcanzar la garganta de la barranca y en ese recorrido, que se me hizo infinito, apenas tuve tiempo de hacerme una pregunta insidiosa

¿Por qué?

mientras sentía las ámpulas del pie reventar,

¿Por qué?

mientras tenía ganas de orinar, pero ni una sola fuerza para eyectar sangre o pus, o lo que hubiese quedado libre o intacto en mis riñones,

¿Por qué?

y así me alcanzó la luz del sol, inundando la barranca, mostrando una belleza mineral ajena a tanta podredumbre. Las piedras relumbrando resultaban ofensivas, demasiada luz para, sin pedirlo, ser escenario de tinieblas.

Nomás llegar a un camino me detuve en una arboleda a respirar.

Aunque moría de cansancio no dejé de ir aprisa, volteando de vez en cuando para convencerme de que nadie me seguía. Pensé que si me encontraban iban a morir de espanto al verme hecho un despojo, pero que no habría manera de ocultarme como lagartija.

Si me agarran me aviento sobre una piedra y me mato, pensé, pero luego dije que no, que si algo no quería era morir, no tanto para dejar constancia de la verdad o para huir a una tierra segura, simplemente porque el hombre, diga lo que diga, tiende a la vida, se aferra a ella con garras.

Nueve

Camino, arrastro los pies, ando de puntillas. Sé que no puedo ni debo parar, pero aunque el cuerpo me lo exija ha entrado en tal fase que camino de forma autómeta; aunque quiera parar el cuerpo se niega, consciente de su autodestrucción, de la aniquilación que comenzó ¿desde cuándo?, ¿un día, un mes? El tiempo se borra, se ha aplanado. Y yo camino. Al menos eso intento.

Hasta el mediodía volteo a ver la masa azul que he dejado. Con la luz, la montaña se ha convertido en un lugar donde la divinidad podría posarse si gusta; su claridad sopla las tinieblas de las cañadas, se ven de hecho las montañas como son, una serie de cerros unidos entre sí, no una línea sino la superposición. El macizo que ahora se ve, azul y verde, turquesa, jade, esmeralda, ala de perico... es tan bello que se me hace una forma del paraíso terrenal.

Y entonces, ¿de ahí vengo?, ¿ahí pasó lo que pasó?

Diez

“¿Qué haces en la montaña?”, le preguntó el emperador a Tsao Hung King, y el poeta, impertérrito, respondió: “¿Que qué tengo en la montaña? Infinidad de nubes blancas para mi regocijo. Nubes que nadie podrá atrapar para enviárselas a Su Majestad”.

Once

¿Qué pasó? A ver. Sólo podría decir que sucedió un desgarre brutal, una ruptura insólita que el universo se colapsó haciendo que el espacio se contrajera; pero mientras camino, he ahí lo irónico, resulta que la vida sigue igual que siempre, incluso es hermosa y encuentro la montaña bella, a pesar de que ahí sucedió el matadero espantoso del que sobreviví por milagro.

Así que podría decir: Aquí no pasó nada. Aquí nunca pasa nada.

Sobreviví, es cierto, por ese mismo silencio milagroso. ¿Milagro? ¿No fue porque el sicario quedó tan ebrio de sangre que se durmió sobre un matorral y aproveché para huir como conejo, como venado, como antiguo huasteca que no quiere enfrentar su destino en la guerra florida?

Doce

¿Qué pasó? ¿Esto es el inicio o el final de esta historia? Veníamos en una camioneta Pachito, Guzmán, el Diablo y yo. Veníamos de una reunión con el gobierno, una de éstas en las que no llegas a nada pero comprometes todo.

Pasando la caseta, el Diablo le grita a Pachito: “¡Nos vienen siguiendo!”. Pero ya cualquier intento de huir era imposible. Se nos cruzó una camioneta más imponente, más poderosa y fiera que la nuestra. Bajaron encapuchados y sacaron a Pachito encañonándolo. Guzmán quiso correr hacia el otro carril pero antes de llegar a la barrera le metieron una ráfaga entre la nuca y el cuello.

Todo sucedió tan rápido que parecía incongruente, como si hubiéramos salido de un sueño, despertando violentamente, por estar ahora en el núcleo mismo de la violencia. Pero en ese

momento lo único que sabíamos era que se había roto una continuidad, que ya todo estaba torcido. Peor, que ya no sabríamos lo que vendría.

Nos subieron hasta un caserío metido en la sierra.

De ahí caminamos hasta un cuchitril donde había más encapuchados.

—¡Órale, hijos de la chingada! ¿Se creían muy machitos? Pues ora, lléguenle a éstos.

De las sombras aparecieron unos hombres vestidos de negro, con pantalones sardos y botas de campaña. Tenían el rostro pintado y, a diferencia de los de pasamontaña, no requerían tanto aspaviento para entenderse. Bastaba que movieran las manos o que hicieran un gesto para que los demás actuaran en consecuencia. Nos maniataron, se diría que nos trataron bien. No hablaban: actuaban. No perdían el tiempo en precisiones: eran precisos simplemente. No gritaban: no tenían necesidad.

Pasaron siglos, acaso horas.

Luego oímos una camioneta, una pequeña según el ruido del motor.

—Ahí se los tenemos, patrón —dijo una voz que reconocí en el acto. La había escuchado horas antes en la reunión.

De la camioneta bajó el chaparro siniestro que flanqueó la reunión horas antes. ¿Qué era?, ¿un delegado, un secretario, un alcalde? El hombre era insignificante; pero no era un hombre sino una víctima del poder. El poder es efímero, dirás, pero al cuerpo humano apenas logra tocarlo porque su investidura es intangible y es idéntica a un vicio: vuelve locos a los hombres.

Nos sacaron del cuartucho y nos hicieron caminar hacia el monte, maniatados, descalzos, ateridos de frío, más muertos de miedo que de oficio.

—¿Con que muy machitos? Pues si quieren tierra ahora la van a tener.

Nos llevaron al borde de una fosa recién escavada. Era negra, infinita. Ahí voy a quedar, aquí se acabó una vida, aquí, enterrado como perro...

Pusieron a Pachito junto al hoyo.

—Muy cabrón, ¿no? Mírenlo, si ya hasta se está miando de miedo.

Porque Pachito era muy hombre, por eso lloró. Porque tenía familia, dos niños, una mujer, un compromiso. Porque sabía que su cuerpo nunca iba a aparecer y que no podrían enterrarlo en Purificación, su amado pueblo que dejó para estudiar ingeniería, del que huyó cuando se metió a la política; al que daría su vida y ni quién se enteraría de ello. “Si un día nos truenan, Filo, hay que ser muy valientes porque nos están dando fama, seremos como los profetas de un movimiento que ya nadie lo para”. Pero sus palabras en esas reuniones clandestinas se hicieron agua. “Por eso, Filo, cuando puedas vete a la ciudad, lárgate de esta tierra, y si puedes y quieres estudia ingeniería, porque así podrás regresarle cosas útiles al pueblo”. Por eso lloró, porque a Purificación le dio un proyecto maravilloso que lo sacaría de la pobreza, pero tan maravilloso que por eso mismo sería imposible realizar, porque siempre habría un alcalde, un hombre, un vicioso del poder haciendo todo para evitarlo. Por eso, sí, Pachito lloró e imploró gimiendo, ya que no podía gritar. Por eso se hizo del baño, y hubiera bebido sus orines si con

eso le perdonaban la vida; pero no le perdonaron ni la mudez. Antes de que pudiera ver caer sus lágrimas le dieron un balazo en la sien que lo desparramó en la tierra, como fardo, como un bote de lámina lleno de agua.

El chaparro le dio una patada y lo arrojó a la fosa. La voz surgió del crepúsculo que de la nada se nos vino encima.

—¡Métele otro putazo para que se lo lleve bien la chingada!
—le gritaron al alcalde.

Y el chaparro, un enano insignificante pero siniestro, le metió dos balazos más a la sombra.

Trece

Luego comenzó a llover.

El Diablo y yo estábamos mudos, aterrados, con la conciencia adormecida y destrozada. ¿Este es el fin?, me dijo con sus ojos pero yo no quise verlo. Sólo podía ver que Pachito se anegaba en el hoyo, que el agua repiqueteaba sobre su rostro como una presa, la que él hubiera querido construir en su pueblo.

—¿Es el fin? —me dijo el Diablo, quien no era el mismo que me retó al concurso de jarana, sino un compañero de la normal, un compañero de la política, de las armas, del boteo.

—No, no es el final, Diablo; pero casi nos carga la chingada, y si nos tardamos un poco ten por seguro que nos van a meter plomo por el culo y nuestro cuerpo será tragado por los coyotes.

—Pero yo quiero vivir, Filo. ¡No me quiero morir!

—Nadie quiere morir, viejo. Ni los movimientos quieren acabarse.

El Diablo se me arrojó a las piernas y se puso a llorar. Le había dicho a su mamá que iría rápido a una reunión, que no se tardaría, que le hiciera unas quesadillas de carne enchilada porque iba a regresar con mucha hambre. “Cuídate, mijo, no vayas a hacer tarugadas”. “Cálmese viejita, sólo voy a una reunión, ¿qué puede pasarnos?”. Lloraba como un niño, lloraba porque era inocente, como la mayoría de mis compañeros, porque se sintió eufórico cuando nos dijeron que por fin iban a destrabar lo de las tierras, porque admiraba a Pachito, porque le creyó a Guzmán que si un día las cosas se ponían recias, él no tendría nada de qué preocuparse, porque el movimiento sabía cuidar a los mejores hombres.

Le agarré los cabellos al Diablo y le dije en silencio:

—Cálmate, güey, cálmate. Al rato nos regresamos en una combi y pasamos por una caguama, yo te la invito —lo conforté como a mí me hubiera gustado que me confortaran cuando hui de mi pueblo, cuando mi viejo se convertía en una gabarra en medio del río de sangre—. Cálmate. La vida está bien canija, después de todo. No van a matarnos, no pueden matarte porque al Diablo nadie le puede ganar —aunque yo lo vencí en un concurso de jarana.

No, Diablo, no es el final, es el inicio; pero en este punto toda guerra demuestra su estupidez y salvajada. Si nos morimos nadie se va a enterar, si nos matan de nada ha de servir. Pobrecita de tu jefa, Diablo, la muerte más culera será la de ella, que tendrá que andar revolviendo todo el mundo para encontrar un día tus huesos.

Sí, Diablo, sí es el final; pero me faltaron fuerzas para decírselo en su cara, como los niños cuando te preguntan algo sinceramente.

Catorce

El miedo es un espectro verde, fluorescente; fosforece como árbol, como envés de hoja, como un aparecido en camposanto.

El miedo es un animal herido que aúlla con estertores de moribundo. Es invisible mineral. Ya lo traes en tus entrañas, porque desde que naces todo es y será imperio del miedo.

Sus tenazas te apretujan el alma y luego la vomitan. Quedas inerme, quedas desahuciado: estás marcado por su orín rancio, que te pone el corazón en vilo, que en una milésima de segundo te hace ver tu historia y chillas de rabia porque sabes que aunque no quieras, ya tu corazón está en desbandada y morirás en esas tenazas de agudo estrujar.

El miedo es invisible y sin embargo se palpa. Es un molusco, una baba de alacrán, un grito sostenido que luego te tira y despedaza.

El miedo tiene forma de hombre chaparro con una pistola descomunal y una voz de pito. El miedo tiene asistentes, una voz gorda e inmundada que hasta hace horas sabías era del jefe de la policía municipal. El miedo camina, usa las patrullas como coches particulares y al revés.

Oí dos detonaciones y supe que el Diablo había muerto, que ahora vendrían por mí, que todo había acabado.

Cerré los ojos y me dije: “Eres Adrián Filogonio, todavía debes de ser el mero reata de la jarana, todavía debes amar a una muchacha de mirada limpia y voz infantil; vas a estar en la UNAM estudiando ingeniería, vas a renegar de todas estas mierdas, vas a ocultar tu historia porque desde ahora ya no tienes historia”.

Una voz me dijo desde lo alto: “Sólo eres un pendejo creyendo que el mundo podía cambiarse. Pero estás solo: estás muerto. *Tu es mort*”.

Y entonces cerré los ojos y esperé que el chaparro siniestro entrara a matarme por segunda vez de un balazo en la frente.

Quince

La claridad tiene una virtud: llega cuando más la necesitas. No se demora, no se precipita.

Te toca la frente y su calidez es mejor que un beso. Respiras hondo. Hasta la luminosidad entra en tus pulmones.

Te salva.

Los árabes decían que cuando el alba tensaba la línea del horizonte, entre el crepúsculo y la luz, sucedía la eternidad. La línea, como una herida horizontal que rasgara las tinieblas aparece y bendice al que la puede ver y entienda.

Les creo.

No es por nada: arriba del alba el cielo se debate entre la muerte color cobalto y por lo bajo la montaña se tiñe de rojo, sepulta a las tinieblas.

Pero yo ya estoy lejos de toda monstruosidad.

Dieciséis

Se quedó dormido cuando venía por mí, pero no por cansancio ni por aprensión, porque estos seres (hace tiempo dejaron la categoría humana) no conocen el peso de la conciencia. Pachito, Guzmán, el Diablo, ¿qué lugar ocupan en su lista? ¿Son uno más o uno menos?

Este ser puede estar matando todo el día. Agotar una ráfaga en un cuerpo mullido nomás por el gusto de verlo bailar la danza de los cuerpos destrozados. Después llega a su cubil, cerceno a otros cadáveres, los reduce a una masa infecta que llama *pozole* con ayuda de un ácido que huele a mil mierdas acumuladas, pero que no es ni la mínima parte de lo que olerá ese cadáver descompuesto. Calcina, machaca, hace de cernícalo, perro, lobo, buitres, tigre, chacal; pero un animal no hace lo que él hace.

Cuando era niño y sentí la sangre pensé que ya estaba perdido.
¿Cuándo está perdido este ser?

Porque conserva un mínimo de humanidad y eso desconcierta. Mis tíos cuando me buscaban para vengar a mi padre no descansaban, no iban a puteros, no se embriagaban ni sonreían. Vengar era una actividad de tiempo completo y enajenante que los fue agriando y secando por dentro. Pero este ser se toma sus descansos y desconcierta; porque lo veo revisar su celular, reírse, hablar de su novia, de los bailes a los que ha ido. Se podría beber todas las botellas de alcohol que existen en el mundo, sobre todo las que, cuando era muchachito, ni siquiera sabía que existían. ¿Muchachito? El ser es casi niño, si tuviera treinta años ya no serviría para este negocio.

Se quedó dormido por una razón patética. Una causa que nomás de pensarla da risa, aunque no dé risa recordar ese instante. No se durmió por cansancio ni por estar todo el día matando gente. Se durmió porque se levantó temprano. Tenía sueño todo el día.

Diecisiete

Mi abuelo Herminio me dijo un día:

—Mira, tus tíos te vienen buscando. Me enteré de que están en San Joaquín y que en cosa de dos días vienen hasta acá para romperte la madre. Tienes que escoger entre enfrentarlos de una vez o seguir huyendo toda tu vida. Si decides huir, no has de parar jamás, cada descanso será nomás el tiempo para que respires y corras. Pero te entiendo. Apenas eres un niño. Así que agarra tu guitarra esa y jálale pa'l monte. Y cuando tengas miedo, porque el miedo se aparece cuando menos lo esperas, te voy a dar una oración que debes hacer. Dicen que es muy vieja, de los abuelos de mis abuelos. Dicen otros que incluso es del diablo, pero te la doy. Mañana cuando esté clareando el sol te jalas pa'l monte y no regresas jamás ni dices que soy tu pariente.

Que el día de hoy no sea preso ni muerto
ni de sangre descompuesto;
quien mal me quisiere hacer,
pies tenga y no me alcance
manos tenga y no me pesque,
ojos tenga y no me divise.

Dieciocho

Entonces hui.

Corrí abriéndome paso en matorrales llenos de espinas. Mi carne, jirones de carne salpicaron la vera del monte.

Corrí como el venado huye de las escopetas. Desgarrando los árboles tiernos entendí el miedo del conejo, su agazapada carrera pegado a la yerba cuando oye ruido.

Corrí hasta que el corazón, pegado a mis sienes, se desplomó sobre la yerba. Aterido, más muerto de frío que de miedo. Porque el miedo también se diluye por necesidad.

Me metí en una barranca para no caminar con las sombras y debajo de un amate enterré mis huesos. La culebra amarilla se trenzó a la piedra, la culebra del encantamiento ascendió a los

cielos. La culebra del agua se quedó estática, pendiente, siseando su lengua bífida enfrente de mis ojos.

Hermano sol, madrecita tierra, yerbas que nos dan el sustento, aquí me entrego a ustedes y dispensen que no haya sido antes; aquí estoy porque no puedo más; aquí les dejo mis huesos, palomitas del monte, para que hagan de mí lo que se les antoje.

De mis cenizas, de mis fragmentos, nació una flor. De la flor nació el canto de la jarana.

Diecinueve

“¿A dónde vamos?, ¿por qué no acabamos de llegar? Dime, mi amor, no me tengas en más suspenso, ¿a dónde vamos?, ¿por qué llevamos viajando años enteros?, ¿porque envejecemos en cada nueva caseta de cobro en la que nos detenemos?”. “Vamos a otro mundo, mi cielo”, respondiste, “yo también muero por llegar, porque me toques sin la presencia de estos imbéciles que no saben otra cosa que gritar incoherencias. Yo también quiero que lleguemos, que esto se suspenda, que no haya más sorpresas ni desacatos”.

Pero no llegaremos pronto, acaso no lleguemos nunca, ya con andar tenemos mucho, debemos darnos por bien servidos. Yo también muero porque lleguemos, pero eso nadie lo sabrá.

Me adormecí en tus piernas. Soñé monstruos, cañadas, cuevas que se desplomaban sobre mi ser, y barrancas, todas las barrancas del mundo.

Soñé ser un cisne que levantaba el vuelo desde la explanada amplia de un templo. Tenía las alas grises y el cuello pardo, pero con movimientos gráciles, suspendidos en el aire. Giraba en torno al campanario, con las alas desplegadas y me iba en picada sobre la cruz atrial, pero sólo para remontar hasta las alturas, hasta la última sonoridad de un grito que era más desgarramiento que insistencia.

Y en eso me tiran una flecha que abre una flor en mi pecho. La flor crece, profundiza su color: rojo, granate, bourbon, púrpura. Me derriba con un golpe tan estrepitoso que el cello decide callar y el director queda sorprendido. El solista, que empuña un fagot como si fuera una caña de bambú o un arcabuz de las guerras religiosas no para sin embargo. Arremete con el siguiente movimiento y desmerece a los violinistas, que no se sorprenden de haber creado un cisne con sus esfuerzos del concierto de fagot, cuerdas, bajo continuo y cello.

Podría revivir si el movimiento fuera más enérgico pero el director se lo piensa dos veces. Muerde la batuta, se lo piensa mucho; el gran Vivaldi no indicó que se entrometiera un dejo violento en su cadenciosa armonía veneciana. El director quiere actuar pero lo piensa demasiado tarde. La flor ahoga mi ropa, sepulta mi voz, ha desperdiciado mi plumaje.

Soy un cisne, un quejido de fagot que ha rasgado las esquinas del universo y que en su intento por despertar a los hombres los ha sumido en el profundo sueño de su memoria.

Veinte

—¿Quién eres? —te pregunté, embelesado.

—Me llamo Génesis. Soy, en efecto, el inicio de todas las cosas.
Tu causa y efecto. Tu semilla.

Índice

Primera parte

- 13 **Uno**
- 17 **Dos**
- 19 **Tres**
- 23 **Cuatro**
- 25 **Cinco**
- 29 **Seis**
- 31 **Siete**
- 33 **Ocho**
- 35 **Nueve**

37	Diez
39	Once
41	Doce
47	Trece
49	Catorce
51	Quince
53	Dieciséis
55	Diecisiete
59	Dieciocho
63	Diecinueve
65	Veinte
67	Veintiuno
69	Veintidós
73	Veintitrés

75 Veinticuatro

77 Veinticinco

79 Veintiséis

83 Veintisiete

87 Veintiocho

89 Veintinueve

Segunda parte

95 Uno

97 Dos

99 Tres

101 Cuatro

103 Cinco

105 Seis

109 Siete

111	Ocho
113	Nueve
117	Diez
119	Once
121	Doce
123	Trece
125	Catorce
129	Quince
133	Dieciséis
139	Diecisiete
143	Dieciocho
145	Diecinueve
147	Veinte
149	Veintiuno

153	Veintidós
155	Veintitrés
157	Veinticuatro
161	Veinticinco
	Tercera parte
165	Uno
169	Dos
173	Tres
175	Cuatro
177	Cinco
181	Seis
183	Siete
185	Ocho
187	Nueve

189	Diez
191	Once
193	Doce
197	Trece
201	Catorce
203	Quince
205	Dieciséis
207	Diecisiete
209	Dieciocho
211	Diecinueve
213	Veinte



El inicio
de todas las cosas, de

Mario Alberto Serrano Avelar, se terminó
de imprimir en septiembre de 2019, en los talleres
gráficos de Innovación en Etiquetas y Revistas de Toluca
S. A. de C. V., ubicados en Lago Michigan núm. 103, colonia El
Seminario, tercera sección, C. P. 50170, en Toluca, Estado de México.
El tiraje consta de mil ejemplares. Para su formación se usó la familia
tipográfica Borges, de Alejandro Lo Celso, de la Fundidora PampaType.
Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz, Juan Carlos Cué y Erika
Lucero Estrada Ruiz. Formación, portada y supervisión en imprenta:
Daniel Centeno Fuentes. Cuidado de la edición: Cristina Baca
Zapata, Jared Hernández (como parte de sus prácticas
profesionales) y el autor. Editor responsable:
Félix Suárez.

